



Todos los Peronismos, El Peronismo

*Del populismo distributivo y el nacionalismo
burgués a la lucha obrera y popular por la
soberanía popular y de allí al Terrorismo de Estado.
Una interpretación Marxista.*

El presente trabajo es un capítulo de
contextualización política del libro
La Triple A: El Terrorismo de Estado Peronista,
de próxima publicación.

Fotos de tapa: Perón con trabajadores en 1944 (arriba); Perón
con los jefes de la Triple A, Rovira y Almirón (abajo).

Existe una visión simplista del Peronismo: fue siempre fascista. Como contrapartida, se le contrapuso otra visión simplista: fue siempre de base obrera, nacionalista progresiva y antimperialista.

La realidad subyace en otra parte y si solo las explicaciones históricas superficiales han sobrevivido con fuerza en el debate público no ha sido tanto por su veracidad como por los intereses de quienes escriben la historia, siempre los vencedores, no siempre del mismo campo.

Los argentinos han estado en medio de, entre otras, una guerra de historiadores desde la postguerra mundial.

Los “canónicos”, encabezados por Mitre y acompañados por liberales de derecha y algunos positivistas, así como los historiadores militares, se encargaron de monopolizar la interpretación que ellos llamaron “fidedigna” de la historia.

Comenzando con el Proyecto Nacional, que desde Esteban Echeverría, se alzó entonces y marchó ininterrumpidamente, según ellos, entre baches de tiempo, guerras, revoluciones y muchas contradicciones, hasta nuestros días.

El único interés de esta “escuela” fue y es preservar las figuras arquetípicas de la reacción: Mitre, Roca, Lavalle, Aramburu... y demonizar a sus enemigos.

A ellos se opusieron varias escuelas. La más notable, la de los “revisionistas” de la posguerra, de derecha y de izquierda, con autores provenientes del peronismo, el comunismo, el Marxismo.

Estas escuelas, de ambos bandos, estuvieron signadas por la reivindicación o la revocación de los títulos asignados a los ‘padres de la Patria’ y los notables de la política y las guerras en Argentina.

Unos, explicando que Alberdi, Roca, Mitre, Urquiza, Aramburu fueron una línea histórica y los otros que la línea de la patria pasaba por los caudillos, Rosas, Perón...

Los revisionistas quisieron explicar desde las Montoneras y los Federales hasta Perón, que los caudillos no solo fueron un producto autóctono, sino el centro de la continuidad histórica del país y un proyecto diferente al expuesto y defendido por los héroes reivindicados por los “canónicos.”

Los revisionistas incluyeron desde Manuel Gálvez hasta José María Rosa, Arturo Jauretche, Félix Luna y José Hernández Arregui, católicos como Carbias y Sierra y los que se reclamaban marxistas como Ortega Peña, Norberto Galasso y Jorge Abelardo Ramos de la “izquierda nacional”, Milciades Peña, Rodolfo Puiggrós...

Tanto canónicos o Mitristas, como los revisionistas, gozaron en algún momento de prominencia, rozaron los claustros universitarios con su influencia, compartieron el poder de fracciones políticas a las que apoyaron, influyeron al periodismo y las ciencias sociales.

Todas las escuelas opinaron sobre el peronismo, ensalzándolo o demonizándolo, buscando los negros sobre blanco del periodo de postguerra, siempre centrados en la figura del General al que ambos bandos le atribuían poderes sobrenaturales y al que ensalzaban o demonizaban.

Contribuyeron así a la construcción de un país dividido entre peronistas y antiperonistas, irreductibles en sus posiciones, simplificadores en muchas formas de la propia historia, haciendo caso omiso los unos de los aspectos democráticos y económicos nacionalistas del peronismo de alguna etapa y adjudicándole aquellas virtudes aun cuando estas se habían vuelto su opuesto los otros, negando al mismo tiempo sus características reaccionarias en otros momentos históricos.

Dejando de lado toda contradicción, o color alternativo, los matices, la evolución de los fenómenos, los cambios de la base social, las crisis, que son la esencia para comprender la historia, los historiadores del pro y la contra se embarcaron en una cruzada que construyó, desde lo positivo o lo negativo del peronismo, un mito en lugar de una historia del país y sus clases sociales en pugna. Si la historia de la “formación nacional” fue campo de batalla para Mitristas y revisionistas, discutir Perón y el Peronismo fue la guerra.

Los historiadores de todas estas escuelas cometieron el mismo error metodológico.

Filtraron todos los hechos a través de las figuras notables, supuestamente en veredas antagónicas. Adheridos todos a la historiografía que relata los acontecimientos como la consecuencia de “Grandes Hombres”, grandes héroes y guerreros, o cobardes y corruptos, estadistas y políticos excepcionales, un mundo de héroes buenos y seres malignos, cayeron en la trampa de relatar un país y un pueblo que se volvieron incomprensibles en el laberinto de las contradicciones que implicaban estas clasificaciones, muchas veces inmutables.

Una interpretación de la historia diferente, influenciada por el marxismo, es que los hombres y mujeres, sin negar la importancia crítica que tuvieron como individuos en un momento u otro, solo fueron la expresión de grandes movimientos sociales, convulsiones violentas de las clases, movilizaciones de la sociedad que actuaban como tsunamis arrastrando y destruyendo a su paso lo existente y construyendo luego una nueva realidad.

Que todo fenómeno social, y sus dirigentes, evolucionan, mutan, se contradicen a sí mismos al compás de los grandes acontecimientos, se transforman en sus opuestos... y se filtran en el siempre despiadado objetivo de permanecer en el poder de todas las fracciones que pugnan por él.

Solo así puede explicarse el peronismo, que fue varios fenómenos diferentes según el periodo, las condiciones materiales que le daban sustento, el vaivén político de sus corrientes internas en la conducción – que a su vez eran producto del flujo y reflujo constante de las clases - y la resistencia que encontraba entre la clase dominante y el apoyo o la falta de él que se expresaba en las clases medias y la clase obrera o, como veremos en los 70, su vanguardia, cuando esta adquirió características de masas.

Esta orquesta de mutaciones contaron también con un ingrediente que le otorgó a los cambios de naturaleza una cobertura a partir de la acción: la lucha política y su continuación lógica, el enfrentamiento armado, con el objetivo de mantenerse, reconquistar o competir por el poder, el gobierno, el control del estado.

Esta tendencia, o corriente, ya que no podemos entrar a clasificarla como una “escuela” se ocupa de los grises, de los acontecimientos contradictorios, de la dialéctica de los hechos que la polémica anterior de las otras escuelas ni siquiera toma en cuenta para sus juicios perfunctorios.

Disecta la relación del movimiento con las clases y analiza su evolución como su resultado. Solo así puede explicarse que de la resistencia relativa al imperialismo y el distributismo populista, un mismo movimiento, con marchas y contramarchas, haya llegado a la lucha democrática como su eje, para luego arribar al terrorismo de estado como método de gobierno.

Para las escuelas de la historia burguesa Perón, Cámpora, Lastiri, Perón otra vez, Isabel, Menem, Duhalde y los Kirchner, las 62, la burocracia sindical, los Montoneros, el Comando de Organización, la Triple A, la Juventud Sindical Peronista o la Resistencia, son buenos o malos *per se* y no la representación de condiciones sociales específicas y giros convulsivos, y cada partidario simplemente desconoce la contemporaneidad de todas esas tendencias y la pertenencia global de todas ellas al mismo movimiento.

El peronismo fue y es, esa es la primera realidad histórica. Existió como fenómeno social antes que como un simple partido político. En la medida que contó con la ebullición del movimiento obrero luchó por la democracia el 17 de Octubre, y en la medida que lo apoyaron burgueses, ensayó un proyecto nacional de la misma (1945-51), para luchar nuevamente por la democracia y la soberanía popular durante la resistencia (1955-69).

En los periodos de reflujo de los trabajadores giro hacia la alianza con el imperialismo (1953) y adoptó el autoritarismo (el bonapartismo “suis generis”) como forma de gobierno para compensar la debilidad expresada desde abajo.

Despojado del poder (1955) y ante la resistencia del movimiento obrero a la proscripción y los gobiernos militares, giró nuevamente hacia la lucha democrática para abandonarla por la conciliación y el acuerdo con sus adversarios de ayer cuando sobrevino el abandono de intelectuales y la vanguardia juvenil a la disciplina del movimiento (1969-73).

Cuando el nuevo flujo de las luchas le resultó opositora y jóvenes e intelectuales resistieron su giro a la derecha (1973-76), el peronismo giró pendularmente aun más a la derecha y reemplazó la ausencia de apoyo de lo más activo de la sociedad primero con el autoritarismo, reforzando su carácter bonapartista y luego con el terrorismo de estado para compensar su debilidad.

La ley ineludible de la historia lo llevó desde el distributismo populista al terrorismo de estado no como formas enfrentadas sino como la lógica de hierro de la lucha por el poder a cualquier costa y como la forma de tratar de resolver sus contradicciones por encima de la lucha de clases.

Sin pretender escribir una historia exhaustiva del peronismo, permítaseme narrar esquemáticamente su evolución y cambios apoyándome parcialmente en esa perspectiva que concuerda, tal vez superficialmente, con otras caracterizaciones similares, pero no iguales, de esta corriente de pensamiento historiográfico.¹

Hacer esto es necesario para ubicarnos en el contexto de esta narración. Sin una comprensión de la base material que dio origen y exprimió del peronismo sus diversas personalidades, y su accionar desde el poder o enfrentado a él, se hace muy difícil discutir sus transfiguraciones, particularmente la que llevó a este movimiento a evolucionar desde el populismo distributivo en los 40 hasta ser el brazo ejecutor del terrorismo de estado en los 70.

Hay que dejar sentado desde un comienzo que fue el movimiento de masas, la sucesión de grandes eventos históricos y el surgimiento de corrientes políticas que las expresaran lo que arrastraron a Perón y al peronismo, si se quiere en forma ineluctable a las posiciones nacionalistas y populistas y que fue generalmente el agotamiento de las movilizaciones las que produjeron los giros a la colaboración con las multinacionales y el neoliberalismo en algún momento y de las formas democrático burguesas más tradicionales al bonapartismo autoritario y de allí, luego de un retorno breve al democratismo burgués, al terrorismo de estado.

Estos vaivenes de la lucha de clases no solo determinó la dirección del peronismo sino que arrastró también a su oposición burguesa. Radicales y Conservadores estuvieron más cerca del peronismo en sus estadios de derecha, que en sus momentos de populismo, donde expresaron una oposición acérrima al mismo. Esto sin minimizar para nada el otro elemento decisivo que es la lucha política por el poder, o como retenerlo a toda costa y contra todos los adversarios.

Los dos primeros peronismos

Aunque siempre mantuvo algunas características y peculiaridades propias, que lindan mas con el folklore y la cultura del movimiento que un recetario de principios ideológicos, el peronismo nacionalista burgués, del frente popular² de izquierda, populista distributivo de 1945-51 no es igual o el mismo fenómeno que el que le sucedió en el periodo 1951-55 (giro a la derecha, contratos petroleros con el imperialismo y finalización de la estatización del sindicalismo).

En el periodo 1946-51 la distribución del ingreso entre los trabajadores y la burguesía obtuvo el record de 53-47%; se legisló el Estatuto del Peón que terminó con el vasallaje rural; creó el IAPI³ mediante el cual el estado monopolizó las exportaciones y precios del campo y obtuvo recursos que ubicó en la dinamización y expansión de la industria nacional.

Bajo el imperio del Primer Plan Quinquenal, revolucionó la salud publica bajo el mando del Dr. Carrillo; sentó las bases para la creación de una poderosa marina mercante de bandera; nacionalizó los ferrocarriles; expandió la producción estatal de petróleo y la siderurgia; universalizó la educación primaria y secundaria y expandió notablemente los centros de estudio; universalizó los derechos obreros y la sindicalización; se otorgó el derecho de la mujer al voto en 1949 y se realizó una vasta tarea social a través de la Fundación Eva Perón.

El primer gobierno de Perón surfeó en la cresta de la ola obrera y popular que produjo el 17 de Octubre, una huelga de masas y movilización en las calles que lo arrancó de su prisión de la Isla Martín García y lo proyectó a las elecciones que le dieron el triunfo. Destaquemos aquí que, entonces, como sucedió en otras oportunidades, ni siquiera Perón supo comprender este fenómeno de masas. Pocos días antes del 17 de octubre el General había decidido retirarse, vivir con Eva y dedicarse a una existencia tranquila en Chubut.⁴

Los partidos UCR, PS y PC se quebraron bajo la presión de este movimiento y muchos de sus mejores cuadros se pasaron con armas y bagajes al frente peronista y miles de sindicalistas que surgían de abajo y protagonizaron el 17 de octubre soñaron brevemente con un Partido Laborista, basado en los sindicatos y dedicado a la Justicia Social.

La Iglesia y la policía, y un segmento importante de las FFAA, apoyaron el movimiento peronista pero no fueron tan significativos en su victoria como lo serían después en su derrocamiento.

Lo mismo puede decirse de aquellos nacionalistas de derecha que se alinearon con él y que solo adquirirían importancia con el decaimiento de la movilización. El centro al momento de la toma del poder era, entonces, el movimiento obrero.

En 1951, en el llamado Congreso de la Productividad, convocado por el gobierno y en el participaron sindicalistas, gobierno y patronales, se da un giro impulsado por el propio Perón.

Había aparecido la inflación, terminada la Segunda Guerra Mundial se perdía la ventaja de productor de granos y carnes y los precios se desplomaban. EEUU subsidiaba a sus productores y ejercía un semimonopolio global, o un oligopolio en alianza con otras potencias industriales, y había logrado que una conferencia internacional le pusiera precios máximos ventajosos para los compradores y desventajosos para los exportadores como la Argentina.

El peronismo surgió como proyecto político y económico que postulaba el fortalecimiento de la burguesía nacional diez años tarde. En 1945 la guerra mundial llegó a su fin y con ella terminaba la coyuntura en la que los países imperialistas habían dedicado gran parte de su esfuerzo económico a las industrias de guerra, debilitando el aparato productivo en los sectores agrarios e industrial de valor agregado, de desarrollo de las fuerzas productivas, a favor de las fuerzas destructivas.

La guerra abrió una brecha en la economía mundial para que algunos países, como la Argentina, pudieran hacer pingües negocios con su producción agraria y establecer planes de diversificación productiva basados en una acumulación capitalista motorizada por el comercio internacional de sus materias primas.

Al finalizar la guerra, esa brecha comenzó a cerrarse y el nuevo imperialismo hegemónico, EEUU, no solo estaba dedicando todos sus esfuerzos a la reorganización de la producción mundial a su favor utilizando la destrucción de la infraestructura europea, sino que comenzaba nuevamente a competir en forma enérgica con países que se habían beneficiado con su relativa ausencia, y la de otros países imperialistas, en ramas de la producción no esenciales para el esfuerzo de guerra.

Agreguemos a esto que la producción agrícola argentina había sido devastada por dos sequías consecutivas y el país se vio sometido al desabastecimiento de trigo y carne por primera vez en décadas.

El Ministro de economía, Antonio Cafiero, apeló a medidas de emergencia: dedujo un porcentaje de la distribución del PBI entre la clase media y comenzaron las persecuciones de los comerciantes minoristas por “agio y especulación” dejando libre de culpas a los grandes pulpos.

El Plan Cafiero no podía sino incrementar la oposición al gobierno, sobretodo creándole una base de sustento importante en la clase media y la juventud universitaria. Comenzó el racionamiento del pan de trigo y la carne.

Cafiero volvería a ser Ministro de economía en el gobierno de Isabel, la burocracia sindical y la Triple A en 1974 y cometería los mismos errores y produciría los mismos efectos los que, eventualmente, se convertirían en la base del golpe de estado de 1976 ante un nuevo ascenso de la clase obrera.

No es casual que Cafiero, junto al resto del gabinete, firmara los decretos gubernamentales de “aniquilación” de la guerrilla y aprobara el comienzo del “Operativo Independencia” de las FFAA en Tucumán.

En los 40, se fomentaron las exportaciones y se redujeron las importaciones de infraestructura y maquinaria dramáticamente, perjudicando a la industria nacional, esa que había sido la hija dilecta del régimen.

El Plan Quinquenal había terminado en 1951 pero no fue sino hasta fines de 1952 que se dictó uno nuevo: apoyo a la producción agrícola, congelación de salarios y precios por dos años (en realidad solo congelación de salarios y aparición del mercado negro).

Cancelación de hecho de la anunciada Reforma Agraria que se limitó a la distribución del 2 por ciento de las tierras, mayormente fiscales. Y el toque de gracia, la firma de contratos petroleros con Standard Oil con ventajosas condiciones para la empresa norteamericana.

Tal vez ayudó a todo esto, que meses antes Eva Perón había sido obligada al “renunciamento” a la Vicepresidencia en las elecciones de 1951 y que expresión del ala “pequeñoburguesa” radicalizada del peronismo, había muerto de cáncer el 26 de julio de 1952 dejando huérfanos no solo a una camarilla de corruptos, sino a la burocracia sindical y la aristocracia obrera que surgiera en los primeros años del peronismo, y a los elementos más díscolos del régimen como el por entonces joven diputado nacional, John William Cooke.

El primer peronismo fue el administrador de la crisis del imperialismo inglés, del cual éramos una semicolonias y se enfrentó a la nueva división del poder imperialista emergente en estas latitudes: el imperialismo norteamericano, con el cual estaba dispuesto a negociar pero desde una perspectiva de acceder para la burguesía nacional de parte del producto bruto del país.

El segundo, iniciado en 1952 comenzó a administrar la crisis del fin de la guerra y la decadencia del primer peronismo causada por la re-emergencia en los mercados de la competencia imperialista y la intransigencia de EEUU que deseaba para sí en la Argentina, una clase dominante como la que existió durante la dominación Británica, es decir totalmente supeditada a sus mandatos.

El Peronismo, en lugar de profundizar las medidas de independencia económica y desarrollo industrial, optó por tratar de adaptarse para que la Argentina pudiera seguir siendo complementaria con el imperialismo emergente. EEUU no estaba interesado en esa estrategia que, curiosamente, adoptaría recién en los 60 en relación al Brasil

Ese ciclo defensivo del peronismo de la segunda presidencia no pudo completarse. No se lo permitiría el imperialismo asociado con la oligarquía y capitalismo compradores del país. Estas fuerzas no dejaron que el peronismo madurara su crisis y cayera por su propia incapacidad económica de competir o acomodarse en las nuevas relaciones internacionales. La oligarquía y el imperialismo padecían de cierta urgencia por sacar del medio las negociaciones de signo peronista.

¿Por qué? Simplemente porque en el seno de los sindicatos, en las fábricas, se estaba gestando un movimiento de delegados, particularmente en metalúrgicos y otros gremios de punta, que comenzaban a querer desplazar a algunos de los peores burócratas y gestar un movimiento que circunvalara la obligación de un “pacto social” contra las paritarias libres que se gestó desde el gobierno. El imperialismo, la oligarquía y la “contra”, así como la Iglesia, le temían más a un movimiento obrero sin las ataduras del gobierno peronista que a este.

Poco se ha hablado de ese movimiento entre los sindicalistas de base y de las huelgas que resistieron, a pesar de la influencia del peronismo en la clase obrera, los llamados del gobierno a levantarlas. En este punto, los historiadores parecen converger en la caracterización de que el movimiento obrero, con el peronismo en el poder, estaba inerme. Si eso se podía afirmar de la burocracia sindical obsecuente, no eran sin embargo una situación generalizada por abajo.

Eso produjo el derrocamiento del peronismo, pero también favoreció la preservación del mito del peronismo dadivoso en la clase obrera que no llegó a experimentar los nuevos proyectos que implicaban pérdidas notables en su participación en el PBI del segundo plan quinquenal. Los incipientes pasos en dirección de una relativa independencia de los trabajadores fueron abortados, de forma irónica, en una confluencia de intereses entre Perón y los golpistas del 55.

El Primer Peronismo fue la transición incomprendida, en nombre de la burguesía nacional, y apoyada por los trabajadores, para efectuar el recambio imperialista, en la decadencia sin retorno de Gran Bretaña, en las mejores condiciones posibles para el país como se entiende bajo el capitalismo, es decir para su clase dominante. El Segundo Peronismo fue el acta de rendición al imperialismo norteamericano, con ciertas condiciones, que no fue aceptada por Washington.

Fue una pelea callejera que no interpretaron correctamente quienes perdieron décadas tratando de saber si Perón era un “agente inglés”, un “agente norteamericano” o un “agente tardío del nazi-fascismo”. De estos “incomprendedores” se llenaban las conferencias de la izquierda más europea que argentina y los salones de la oligarquía, pero hasta ahí ninguno arrastraba mucho a las urnas.

Los analistas conservadores por su lado, que usaban todavía levita y sombrero, encerrados en sus pulpitos, nunca supieron definir los intereses de los peleadores callejeros. Lo definían no por su esencia sino por sus muchas apariencias y estas sobraban para definir lo que se quisiera. De haberlo hecho, el asumir la esencia del peronismo, lo habrían apoyado en su enfrentamiento con la clase obrera que se avecinaba.

La clase obrera fue el condimento fuerte de esa transición y la única en el país que tenía intereses legítimos para impulsar tareas de patriotismo económico y justicia social que el peronismo alentó propagandísticamente y avanzó hasta cierto punto para hacerse de ese poder desatado desde abajo, transformándolo en su vehículo electoral y sostén en el poder. Eso constituyó la fortaleza de su primer gobierno y la razón que desató el golpe del 55.

Perón comenzó a desinteresarse relativamente de la clase obrera en 1952, una vez que su estatización y la sujeción de los sindicatos le habían asegurado su dominio sobre ella, pero la contrarrevolución de 1955 interrumpió el proceso de experiencia con esa nueva realidad. La conciencia obrera quedó fijada en su irrupción en el plano político y el distribucionismo jacobino de los primeros años del General, no en el giro a la derecha de 1952 a pesar de que comenzaban a sonar por abajo los primeros síntomas de desencanto.

La característica policlasista del peronismo, no podía ser de otra forma, inyectó en el movimiento las cambiantes actitudes de la burguesía que lo componía, de los sectores de clase media que se adicionaron a él aquí o allá, vacilante a veces, reaccionaria en otras.

La participación de esas clases siempre diluyeron y mediatizaron el carácter obrero de su base de sustentación, y sometieron a los trabajadores ideológicamente, más por su influencia en la superestructura que por sus números.

Esa influencia que las clases, otras que el proletariado, ejercían sobre la superestructura del peronismo, su ideología, sus estructuras y el propio Perón eran el reflejo del pasado político del país, no de su futuro y por la propia inestabilidad de su ideología, le daban un carácter errático a sus proyectos estratégicos.

Eso se sumaba a la ausencia de una ideología de clase trabajadora ya que todas las “explicaciones” del modelo peronista por sus ideólogos, comenzando por Perón, eran pragmáticas, y por lo tanto se adaptaban a las necesidades inmediatas de preservarse en el poder, no de desarrollar un plan estratégico coherente de país.

Esa ha sido una característica histórica del peronismo desde sus comienzos, en que el discurso siempre se adapta, y gira de derecha a izquierda, de acuerdo a las necesidades del poder. Perón actuaba como un megáfono para amplificarlas, promocionando ora la “comunidad organizada”, con tintes corporatistas que preveía una sociedad organizada de “Confederaciones” de obreros, empresarios, etc., al “socialismo nacional” y la promoción de la “juventud maravillosa” radicalizada, para luego volcarse al apoyo a la burocracia sindical a la que llamaba a “hacer tronar el escarmiento.” De denostar como “traidores” o “antinacionales” a las FFAA durante la Resistencia, hasta vestirse con uniforme de general y arengar a las mismas a “aniquilar” a los subversivos después del ataque guerrillero a la Guarnición de Azul en 1974.

Así pudo ser populista, liberal, neoliberal, democratista, autoritario, estatista y privatizador y sumar tantas contradicciones como necesidades inmediatas tuviera sin que sus apologistas se

ruborizaran de lo absurdo de los cambios ideológicos y de discurso y cada fracción del movimiento tratara de explicar el mismo desde el microclima de sus propios intereses.

A cambio de su apoyo, la clase obrera obtuvo representación y voz política, pero su organización fue expropiada por el gobierno y el estado. Los sindicatos se convirtieron en imponentes fuerza del estado, pero del estado al fin. Se vaciaron de las asambleas escandalosas, los mítines enfervorizados y las demandas de manos que querían tocar el cielo. Compartían el poder y hacían valer su lealtad, pero se vaciaron de contenido proletario, negociaban por arriba y se convirtieron en simples cadenas de transmisión de los mandatos oficialistas.

La disolución del Partido Laborista, el encarcelamiento de sus dirigentes, el nombramiento de dirigentes obsecuentes en la CGT en reemplazo de los activistas que le dieron la pujanza de los 40, fueron solo algunas de las formas empleadas para disciplinarlo y que funcionaron como ligaduras que también, en el largo plazo, inmovilizó al grueso de los trabajadores a la hora de defender lo que todavía tenía el régimen de defendible.

Perón y su círculo más íntimo cooptaron a parte de los diputados del laborismo, expulsaron a otros, disolvieron sus estructuras y cerraron sus locales. Cipriano Reyes, uno de sus fundadores, fundador del gremio de la carne (instrumental en la movilización del 17 de Octubre), fue herido gravemente en un atentado en 1946 y encarcelado en 1948 junto a otros dirigentes, acusado de un supuesto complot para llevar a cabo un magnicidio que nunca se probó.

Perón jugó a fondo para disolver el partido que planteaba la autonomía política del movimiento obrero y sus dirigentes que habían movilizado a la mayoría de los trabajadores que protagonizaron el 17 de octubre y canalizado electoralmente el 80% de los votos que obtuvo en las elecciones.

Aunque con muchas dificultades y enfrentamientos, Perón fue capaz de sobreponerse a este desafío a su dirección de unicato solo porque el fenómeno peronista estaba en sus comienzos y contaba con un grado de adhesión enorme en el proletariado.

La misma metodología se aplicaba, y esto es justo decirlo, contra toda expresión política que cobrara cierta fuerza dentro del peronismo, incluso la derecha. Perón no dudo en darle un golpe de estado, usando la policía, para derrocar a Queralto de la ALN y reemplazarlo con Guillermo Patricio Kelly, aunque no le costó mayor esfuerzo.

Cuando en 1973 Perón intentó una política de represión selectiva y marginación, o captación, similar contra los Montoneros y su Tendencia Revolucionaria, encontró mayor resistencia y fracasó en sus intentos en gran medida cuando decenas de miles de activistas abandonaron su Plaza de Mayo el 1ro. de Mayo de 1974, lo que lo llevó ineludiblemente a profundizar el terrorismo de estado y extender su represión estatal a todo aquella organización y partido que se opusiera a su gobierno.

Esa resistencia residía no tanto en la dirección con que contaba Montoneros, sino con la base social que los había alimentado organizativamente desde el Cordobazo en la que ya Perón no contaba con una lealtad absoluta. De allí la necesidad de Perón de apelar a métodos cada vez más brutales para someterlos o, en caso de no lograrlo, y usando sus palabras, “exterminarlos”.

Fue esa la expresión de la ofensiva por imponer una realidad que ya se orientaba hacia el desarrollismo con visos de neoliberalismo, pero también el gran y último fracaso del líder que sucumbió, como antes había surgido, en medio de una nueva alza de masas.

El hecho maldito del peronismo fue surgir como un movimiento democrático, nacionalista burgués y hundirse como un gobierno del terrorismo de estado y la representación del imperialismo. Es justo decir que las FFAA, una vez más como en 1955, dieron un golpe en 1976 que impidió la maduración en la clase obrera de su curso opositor al gobierno. Cuando se

derrumbó el Proceso, los resabios del Peronismo, ya no un movimiento sino un aparato electoral, pudo continuar aspirando al poder irónicamente, otra vez, gracias a la feroz represión, esta vez con grado de genocidio, de los militares.

Volviendo a los 40. Al mismo tiempo que Perón luchaba por disciplinar a los trabajadores, como pago, les otorgó una participación generosa en el PBI. Nunca, claro, comparable con la porción de la torta de la que disfrutó la vieja y nueva burguesía que se benefició, y mucho, con la primera etapa del Justicialismo.

El primer peronismo fue un intento de fortalecer y desarrollar la burguesía e industria nacionales que, contradictoriamente, fue enfrentado por gran parte de esta clase no por lo que hacía en su favor, sino por lo que entregaba a cambio a la clase trabajadora.

La avaricia del todo por nada que había primado en la historia nacional de la burguesía y la oligarquía, y que era parte de su ADN cultural y sociológico, no le permitía ni siquiera contemplar una distribución que le garantizara su estabilidad como clase cuando existían las armas para imponerla de todas formas.

Esa reacción convenció ideológicamente a gran parte de la clase media de la absurda idea de que la distribución del PBI que recibía del peronismo no podía ser igual, o levemente menor, a la que recibía una clase “inferior” como el proletariado aunque fuera mayor que la que recibía la pequeñoburguesa urbana antes del peronismo.

El segundo gobierno o peronismo fue un intento de defender lo posible de lo logrado en el primer gobierno, haciendo los quites dolorosos de una crisis que se delineaba y de buscar a tientas una nueva alineación internacional, apelando a la pacificación del nuevo imperio y de las clases sociales que había hostilizado en la primera etapa con la esperanza de que reconocieran la propiedad sobre un proyecto que nunca se propuso eliminarlas.

En ese estadio, la clase obrera, sin dirección efectiva más allá de los despachos oficiales y sin contar con una alternativa ya que la izquierda del Partido Comunista y el PS militaban todavía en la contra, era tratada como una pieza prescindible en el ajedrez político. Un objeto de negociación, no de impulso hacia adelante.

El primer y segundo peronismos tendrían, nótese, algo en común: su aridez cultural y su escueto imaginario educacional. Construyó escuelas y universidades a parvas, y después de un par de años de cierto florecimiento cultural, vino la mediocridad.

Perón nombró como Ministro de educación al fascista Oscar Ivanissevich, creador de la “Marcha Peronista”, el mismo que ocuparía un cargo similar bajo el gobierno represor de Isabel y López Rega en sus últimos años.

Ivanissevich fue igual de oscurantista en su primera participación gubernamental, como lo sería en la del terrorismo de estado del que participó activamente en los 70 y, antes de eso, en la colaboración que le prestó a dictaduras militares como la de Lanusse.

La segunda vez que fue incluido en un gabinete peronista se apoyaba en la Triple A. En la primera en el nacionalismo de la derecha católica y en los fascistas de la Alianza Libertadora Nacionalista de Queraltó y luego de Guillermo Patricio Kelly⁵.

En las administraciones de Ivanissevich no habría lugar para lo mejor de la intelectualidad que apoyó a Perón en sus inicios en los 40, que fueron prolijamente purgados, ni para la que surgió del seno de la resistencia en los 50 o la que desplazó sin contemplaciones, y muchas veces a balazos, bajo el gobierno de Isabel.

Perón, deseoso de vengarse de estudiantes y profesores, y de parte de la clase media que apoyaba a la reacción y los partidos opositores, de derecha y de “izquierda”, les impuso en las

universidades una administración fundamentalista, aleccionó a los alumnos de primaria en burdos textos de propaganda y estatizó el medio de difusión por excelencia de aquel momento: la radio, convirtiéndola, junto al cine y los noticieros que se exhibían en las salas de cinematógrafos, en potentes vehículos monocordes de la propaganda oficial.

Mientras las radios ejercían la más estricta de las censuras contra opositores e intelectuales, los diarios dependían del gobierno para la compra de suministros y hociaban con la autocensura.

No es de extrañar, entonces, que las radios más populares cerca del golpe de 1955 eran Radio Colonia y Radio Carve⁶, ambas uruguayas, que respaldaban por entonces a la oposición y ayudó a que gran parte de la juventud universitaria y la clase media se hiciera gorila.

La oligarquía se atracaba con los gustos ingleses y la clase burguesa, acostumbrada a mandar sin dar nada a cambio a los trabajadores antes del peronismo, nunca se resignó al tedio de la negociación y a al consenso social; la generosidad peronista en las leyes sociales les parecía un costo innecesario que bien podía evitarse usando la fuerza, como siempre había sido.

Perón le ofrecía a la burguesía el desarrollo económico y la contención de la clase obrera para que no girara hacia la izquierda, asegurándole su anticomunismo.⁷ A cambio proponía una política distributiva que enhebrara el mercado interno y permitiera el control de los trabajadores al servicio del capitalismo, aprovechando la bonanza económica que produjo la Segunda Guerra Mundial para la Argentina.

Era el precio para el desarrollo del capitalismo nacional que el peronismo trató de sonsacar a grupos de poder, generalmente carentes de visión y paciencia. Aunque muchos burgueses acompañaron esta estrategia, e incluso algunos surgieron como producto de ella, formando en su momento la Confederación General económica (CGE) en contraposición a la Unión Industrial Argentina (UIA), muchos otros seguían considerando a la política como una simple extensión del libro contable donde costos y beneficios solo podían dar jugosos dividendos excluyendo cualquier derecho social.

Sectores de la burguesía y la oligarquía, acostumbrados a no compartir con nadie su monopolio de la política, que era la extensión de sus intereses económicos tal como la interpretaban, llamaron a las negociaciones y las presiones políticas de la superestructura peronista, a la que le disgustaban los acuerdos parlamentarios, que deseaba manos libres para que el estado peronista arbitrara con mano bonapartista todos los conflictos, nazi-fascismo y a las medidas pro obreras de participación en el PBI, “comunistas.”

Una verdadera esquizofrenia analítica que pronto se volvió esquizofrenia política. Mientras tanto, a la sombra del gobierno peronista y la construcción de un estado paternalista se erigía una nueva burguesía que no llegó a madurar en dominante y no convenció al resto de su clase ni tuvo otra opción que conservarse a la sombra del estado y el partido gobernante. El golpe del 55 también impidió que se desarrollaran esas contradicciones.

Ese golpe lo fue principalmente contra el peronismo, contra la clase obrera, pero también en menor medida contra los “nuevos ricos”, término que se utilizaba en los salones del Jockey Club para denostar a estos “arribistas” de la economía a los que Perón apostaba fuerte haciéndolos socios del estado a través de la obra pública, los contratos y concesiones y las explotaciones mixtas.

La izquierda cipaya⁸

La izquierda de entonces, encarnada mayoritariamente por el Partido Comunista estalinista⁹ y el Partido Socialista lo atacaron por los abusos de poder, por el anticomunismo de Perón, y por lo que tenía de burgués, terminando en un frente ignominioso con los Conservadores, el ala derecha del radicalismo y la Embajada norteamericana.

Ignoraron, por otro lado, llamándolo demagogia, las concesiones dadas a los trabajadores; para ellos el 17 de Octubre había sido hecho mediante la fuerza y llamaban al nuevo movimiento “nazi-peronista”.

Los llamados “marxistas nacionales” y sectores nacionalistas del “peronismo revolucionario” llamaban peyorativamente al PC y el PS, “cipayos.”

En vez de ponerse por encima, fustigar las limitaciones y apoyarse en las conquistas, el estalinismo y la socialdemocracia, imbuidos de europeísmo y aristocratismo obrero, se pasaron con armas y bagajes al campo de la reacción y le dieron letra.

El Peronismo se encargaría entonces de lanzar contra ellos las masas más superexplotadas de la clase obrera. La metodología fue, desde los comienzos, el dar concesiones arbitrarias a los conflictos laborales dirigidos por los leales al gobierno y desangrar y reprimir los conflictos dirigidos por la izquierda.

Las fuerzas mucho menores de la izquierda, generalmente trotskista, aunque tuvieron una posición al principio sectaria en relación al peronismo (después de todo el nuevo movimiento les arrebató el poco oxígeno que trabajosamente habían conquistado durante la guerra mundial), pronto encararon un esfuerzo para entender y ligarse al nuevo fenómeno. No apoyaron a la Unión democrática como si lo hicieron la socialdemocracia de derecha y el estalinismo y se opusieron al golpe de estado de 1955.

La visibilidad como “izquierda” del estalinismo y el PS, sin embargo, cubrió estos esfuerzos de la izquierda más radical. En esta última surgieron esfuerzos notables como la “izquierda nacional” representada, entre otros, por Jorge Abelardo Ramos que intentaron infructuosamente, a través del revisionismo histórico y el apoyo al régimen peronista, de influenciar al peronismo, “marxistizarlo”.

De tanto polemizar con los extremos reaccionarios de la izquierda que llamaban “antinacional”, se fueron amoldando al peronismo como parte de él. En lugar de marxistizarlo, se peronizaron ellos. Algunos de sus cuadros se integraron al peronismo en el proceso de masificación de la CGT y otros lo hicieron durante la resistencia. Perón se refería a estos esfuerzos como “tratar de teñir el mar arrojándole un frasco de tinta china.”

Abelardo Ramos y sus cuadros más cercanos de la “izquierda nacional” terminaron sus vidas políticas ignominiosamente sirviendo al gobierno de Carlos Menem y al neoliberalismo como Embajadores, funcionarios, secretarios de prensa y hasta uno que otro juez. Se hicieron peronistas orgánicos cuando el peronismo no era más que el vehículo electoral de sectores burgueses contrapuestos y guardaba poca similitud con el peronismo de los 40.

Otra corriente, la encabezada por Nahuel Moreno, intentó un método diferente de oposición a la “contra” del peronismo y tratando de competir con este en las estructuras obreras con el objetivo de superarlo, o de lo contrario, circunvalarlo.

Una cadena de tacticismos, algunos de los cuales fueron brillantes, como la participación en las huelgas metalúrgicas de los 50 o su inserción en los comienzos de la Resistencia, y otros terminaron en estrepitosos fracasos, lo que le valió convertirse en uno de los dirigentes de la extrema izquierda más controversiales, aunque efectivos, del país.

Fue una escuela de aprendizaje, mas bien de muy escasos resultados en los 50 y 60, que en los 70 le permitió erigir un fuerte partido de cuadros y vanguardia (el PST) y en los 80 le valió transformarse en el principal partido de izquierda con la fundación del MAS.

A los bandazos, sin embargo, terminó agotándose después de la muerte de su principal dirigente en 1986, cuando sus herederos, que no comprendieron el advenimiento de la década reaccionaria del 90, divididos alrededor de la “herencia” política desandaron gran parte de esas

enseñanzas de décadas para embarcarse en el sectarismo y la construcción lineal, clásica de los viejos marxistas.

Nahuel Moreno y Abelardo Ramos coincidieron brevemente en el Partido Socialista de la Revolución Nacional en 1953.¹⁰

Perón y el Peronismo, por su lado, utilizando las políticas del estalinismo y la socialdemocracia de derecha como excusa, establecieron una cordillera ideológica anticomunista entre los trabajadores y el conjunto de la izquierda.

Su declamada “tercera posición” no era una trinchera contra el imperialismo, con la que negociaba y tironeaba de acuerdo a las circunstancias, sino un préstamo adoptado del maoísmo primerizo que caracterizaba al poder soviético como imperialismo para inocular de comunismo a la tropa propia.

Le era fácil, solo tenía que señalar una y otra vez en que bando se ubicaba la izquierda, de la que tomaba prestado elementos como el tercermundismo pero lo desfiguraba, y les recordaba a menudo su alianza con Conservadores, radicales y el imperialismo norteamericano en la Unión democrática.

La violencia, una enfermedad congénita de la burguesía

El Peronismo en sus primeros dos gobiernos, como toda otra corriente política burguesa en el poder, ejerció la coacción y hasta la violencia contra sus oponentes políticos. Eso incluyó la represión violenta de huelgas como la de los obreros azucareros de la FOTIA¹¹ en 1949 o la de los ferroviarios en 1950 que resistió incluso la presencia de Eva Perón que fue a los Talleres de Remedios de Escalada para tratar de disuadirlos infructuosamente antes de enviar a la policía.¹² La misma suerte corrieron huelguistas telefónicos y gráficos.

La represión y persecución del gobierno Peronista no se limitaron a la clase obrera. También apelaron al apresamiento y hasta el destierro de políticos burgueses opositores y de izquierda, incluyendo diputados del Congreso.

El 29 de Septiembre de 1949, Héctor Cámpora, el Presidente de la Cámara de Diputados de la Nación, por órdenes del Presidente Perón, expulsaba al Diputado Ricardo Balbín del precinto legislativo, enviándolo a la cárcel. En 1951 el líder socialista Alfredo L. Palacios y otros son encarcelados presuntamente por haber simpatizado con el intento de golpe contra Perón del General Menéndez.

Los hermanos Cardozo y el ominoso Comisario Lombilla eran los apellidos de la tortura sistemática de enemigos del gobierno y Perón dio recursos y mano libre a la Sección Especial de la policía que perseguía estudiantes díscolos, políticos lengualargas e izquierdistas irredentos.

A cargo de detener sin cargos y torturar estaba también el Coronel Jorge Osinde, a cargo de Coordinación Federal de la policía, el mismo que sería uno de los jefes represivos de la Triple A en la Masacre de Ezeiza en 1973.

Manifestaciones peronistas, cierto que en muchos casos como respuesta a provocaciones opositoras, quemaron locales y bibliotecas de partidos políticos opositores y durante el conflicto con la Iglesia, algunas parroquias. La Alianza Libertadora Nacionalista (ALN) operaba con impunidad asaltando locales partidarios de la izquierda.

Los secuestros y desapariciones no eran numerosos, pero existían. El caso más resonante y que conmovió a la opinión pública fue la del Dr. Juan Ingalinella¹³, un médico comunista Rosarino con prestigio comunitario. Fue secuestrado, como presunta represalia al intento de golpe del 16 de junio de 1955, por la policía de Rosario, torturado hasta la muerte y su cadáver hecho desaparecer.

La movilización popular obligó al gobierno a una investigación, pero solo seis años después fueron condenados como autores de su asesinato el jefe y sub-jefe de la policía rosarina.

Con toda la argumentación del peronismo intelectual de entonces contra el “liberalismo Sarmientino” de nuestro país, que adoptaba el criterio librecambista de sus congéneres de Europa y EEUU, pero dejaba de lado el liberalismo político y la profesión democrática de aquel, el Peronismo no hizo sino reproducir la represión social que caracterizó al liberalismo vernáculo.

Perón, en sus primeros dos gobiernos, no fue ni más ni menos represor que Hipólito Yrigoyen que dio rienda suelta a la misma en la masacre de la Patagonia Rebelde y la Semana Trágica. Perón compartía con Yrigoyen su apelación a la policía como su fuerza favorita para quebrantar opositores y fusilar obreros díscolos.

Hasta la Triple A, el peronismo se mantuvo dentro de los límites represivos de otros gobiernos y regímenes burgueses.

Quienes sucedieron al peronismo en 1955 iniciaron una serie de gobiernos donde la represión fue sistemática, el fraude electoral una práctica común y la proscripción una política de estado. Tanto así, que los abusos del poder del peronismo quedaron reducidos, en el imaginario popular, a simples anécdotas.

No se piense, por otro lado, que la oposición bajo los primeros dos gobiernos de Perón no apelaron a su vez a la violencia, organizando tiroteos contra militantes oficialistas, poniendo bombas en concentraciones gubernamentales, incluso en Plaza de Mayo y apelando al bombardeo aéreo de trabajadores en el intento de golpe del 15 de junio de 1955.

Los gobiernos militares que se intercalaron en la historia con los civiles y aquellos que combinaban en la persona del Presidente o el administrador del estado nacional (como en el caso de Rosas) a lo largo de nuestra historia, podían diferir en su política económica y sus relaciones internacionales, así como en sus planteos sociales, pero acordaban en el uso de la violencia y la coacción para gobernar.

Podía ser mayor o menor, pero casi todos la utilizaron de acuerdo a sus necesidades. Los que no lo hicieron fue porque fracasaron en sus intentos o no la necesitaron por la debilidad de la lucha de clases y la oposición pero dejaron en todos los casos las estructuras de represión en su lugar y prestas a actuar.

La impunidad, tan tradicional en nuestra historia como la violencia gubernamental, solo es alentada y promocionada, constantemente por cada facción del poder que sucede a otra tras periodos de gran represión.

Si alguna vez se encontraban y juzgaban responsables, siempre eran “perejiles” o simples ejecutores, no quienes detentaban el poder real. La cuestión es siempre “la reconciliación nacional” o la “preservación de las instituciones” por encima de los crímenes de sus miembros aunque estos actuaran, como lo hicieron asiduamente, institucionalmente.

Rosas (que no fue Presidente pero tenía el poder sobre el resto del país) gobernó apoyado en la temible “Mazorca”¹⁴, Domingo F. Sarmiento¹⁵ con el fraude y la represión violenta contra los gauchos y los sectores populares, Julio A. Roca se apoyó en el genocidio indígena¹⁶, Bartolomé Mitre¹⁷, Juárez Gelman, Figueroa Alcorta, Torcuato de Alvear, José Félix Uriburu (el fundador del golpe de estado y el Partido Militar) y hasta los más “democráticos” como Arturo Frondizi y Alfonsín, ni hablemos de Menem y De La Rúa, tienen sus manos manchadas de sangre por la represión de la protesta y las huelgas obreras y sus cárceles albergaron opositores, muchas veces generosamente.

El actual Kirchnerismo reprime selectivamente huelgas no conducidas por la burocracia sindical y ha mantenido e incrementado la judicialización de la protesta social.

Tal vez, en alguna medida, una de las relativas excepciones fue la llamada “Primavera Camporista” (1973), con contradicciones notables debemos apuntar ya que debajo de ella ya funcionaba un aparato estatal de terrorismo.

Hasta el gobierno de Arturo H. Illia (1966-69) de la UCR al que muchos insisten en endilgarle un carácter manso, casi pueblerino y democrático apeló al Plan Conintes, puso a las huelgas fuera de la ley, se benefició con medidas proscriptivas y reprimió salvajemente, entre otras, la huelga de los trabajadores azucareros.

Una cuestión que permitió esto es que todos los gobernantes represores, de todos los tiempos, podían terminar sus gobiernos bien o mal, retirarse o ser echados, pero en general gozaron de la impunidad, a veces legal, a veces histórica, a veces de ambas. Aquellos que se castigaba por crímenes bajo su administración eran contados y las penas bastante lavadas.

Vivimos hoy tiempos en que el genocidio del Proceso esta siendo juzgado, históricamente en forma sistemática, aunque la impunidad legal solo se ha roto parcialmente, en cuentagotas, castigando algunos cientos de los miles de culpables.

Como contrapartida, el terrorismo de estado, del peronismo de los 70, antecesor de aquel del Proceso, ha permanecido totalmente impune e históricamente distorsionado para hacerlo, en el relato de los políticos, casi anecdótico.

Esto es así porque muchos, dentro del peronismo y de otros partidos del régimen, y en los sindicatos, que aun ejercen posiciones de poder fueron participes directos, cómplices o aliados de ese terrorismo estatal.

Otra razón es que muchos de los políticos que hoy militan en el peronismo viven de los jirones del mito y los recuerdos en la conciencia popular de otro peronismo que supo distribuir y con el que el actual PJ nada tiene que ver. Discutir, investigar y juzgar al terrorismo estatal de la Triple A comprometería los dividendos de tales mitos y recuerdos.

También hay una razón más práctica, política inmediata y sucede con esto algo similar que lo que ocurre con los miles de funcionarios peronistas y radicales, particularmente en los municipios, que colaboraron con los militares del Proceso, o con la Iglesia que fue participe necesario de la represión de la “guerra sucia.”

Si se investigara todas las complicidades civiles y religiosas con la dictadura militar, los partidos políticos como la UCR, el PJ, el ARI/CC, el PRO y otros quedarían diezmados y desprestigiados de tal forma que pondrían en peligro el conjunto del régimen político.

De igual manera, si toda la verdad sobre la Triple A surgiera a la superficie, caerían como castillos de naipes muchas estructuras peronistas que son, hoy, el soporte fundamental de la gobernabilidad burguesa.

Se construyó entonces otro mito que, por repetido, no deja de ser un mito. Según este, la Triple A fue una invención de López Rega, un advenedizo del poder, y sin base social, sin la venia ni autorización de Perón y sólo la iniciativa de hombres y mujeres marginales al movimiento peronista y que actuaron casi por las suyas y con quienes todos los demás integrantes del gobierno y el movimiento tenían diferencias y mantenían distancia.

Alrededor de López Rega funcionaban una docena de policías y unos cuantos matones y los guardaespaldas de su entorno a quienes se les atribuyen los 1500 asesinatos y 2.000 atentados y secuestros llevados a cabo en todas las provincias del país.

López Rega y su entorno eran parte de la estructura que llevó a cabo la campaña del terror, pero eran solo un elemento dentro de un aparato que incluyó la utilización de recursos del estado

(dinero, armas, inteligencia, edificios públicos), ministerios, secretarías, la PFA y las policías provinciales (que proveían las zonas liberadas, la impunidad en las “investigaciones”).

Los miembros de estas escuadras estatales del terror participaban en allanamientos, confección de listas y asaltos a locales de organizaciones como parte de esta campaña de terrorismo estatal.

Colaboraban también sectores de las FFAA que no solo conocían sino que participaron activamente con Grupos de Tareas (como en Córdoba) o en grandes operaciones, en la creación de los primeros centros de detención ilegales como sucedió en Tucumán con el llamado “Operativo Independencia”.

La burocracia sindical y sus organizaciones, como la Juventud Sindical Peronista (JSP), medios de prensa específicamente diseñados para promocionar y propagandizar el terror (El Caudillo y otras publicaciones) y un enjambre de organizaciones de extrema derecha que proveyeron los soldados, jefes operativos regionales y la labor de seguimiento e inteligencia necesarios para la prosecución de los atentados.

Entre estas últimas se contaban prominentemente la Concentración Nacional Universitaria (CNU) y sus colaterales, la efímera recreada ALN, el Comando de Organización, el COR (Comando de Organización de la Resistencia), Guardia de Hierro y una docena más de formaciones.

En conjunto son responsables por más de 4.000 operativos, atentados, asesinatos, secuestros en el término de 3 años, es decir un promedio de 4 o cinco operaciones diarias. En algunas oportunidades, los operativos llegaban a 10 o 15 en un mismo día y tomaban lugar en media docena de ciudades simultáneamente.

La sola idea de que unas docenas de policías y custodios que rodeaban a López Rega podían cumplir solos con esta tarea gigantesca es ridícula. De esas operaciones, que además requerían logística (armas, dinero, transporte), inteligencia, dirección política, planificación a nivel nacional, coordinación con las fuerzas represivas “legales”... no resiste el menor análisis. Los implicados eran miles, con un número de fuerzas operativas cercana a los 1.500 – 2.000 jefes, cuadros y tropa permanente.

La Triple A fue una ruptura con otros terrorismos de estado, en el sentido que fue el primero reconocido como tal que se basó en una decisión gubernamental y con la participación de todos los recursos del estado bajo un régimen constitucional y no fue selectivo, sino generalizado.

El ciclo del terrorismo de estado de los gobiernos peronistas de los 70 fue solo superado en sistematización y violencia por el Proceso de la última dictadura militar (1976-82).

En los primeros dos gobiernos de Perón, ayudaba al ejercicio de violencia selectiva los discursos de Perón llamando a la misma para ser usada con los “contra” y el hecho de que, venido del militarismo y el golpe, enfrentado a enemigos poderosos, su primera respuesta fue siempre la de aquellos acostumbrados al uso de las armas. Como tal era selectivo y controlado estrictamente en sus ramificaciones, pero violento de todas formas.

El de los 70 fue generalizado, alcanzó con intensidad a todas las fuerzas políticas, a la mayoría de las cuales obligó a la clandestinidad o la semiclandestinidad y las diversas ramas o GT actuaban centralizadamente en la estrategia política, pero descentralizadamente en la aplicación práctica del terror, extendiendo la misma mucho más allá de lo planeado originalmente y produciendo una reacción que si bien inmovilizaba a la sociedad por el terror, también generó un rechazo generalizado.

Este terror se profundizaba y extendía como respuesta a cada movilización, a cada huelga e incluso a cada desafío parlamentario al gobierno.

La iglesia y el peronismo

La iglesia, que en gran parte había apoyado el ascenso del peronismo en 1945, pasó a una oposición virulenta en pocos años cuando se esbozaron algunas medidas seculares; debido a su pretensión de crearse un partido propio, la Democracia Cristiana al estilo europeo para competir políticamente y a la represión selectiva del gobierno peronista contra algunos curas reaccionarios.

Otra zona de fricción era la organización de la Unión de Estudiantes Secundarios (UES) con planes de educación, clases ideológicas y deportes practicados masivamente que quitó a la Iglesia el virtual monopolio de la conducción de la vida social juvenil que había tenido hasta los primeros años del peronismo.

Perón, militar al fin, que no estaba acostumbrado a los desafíos, dio un giro de izquierda” cultural, un contraataque en los últimos años en el poder.

Detuvo a curas “contreras”, legalizó los prostíbulos, equiparó a los hijos “legítimos” con los “ilegítimos”, derogó las exenciones impositivas a la Iglesia, suprimió la enseñanza religiosa en las escuelas secundarias, autorizó el divorcio y hasta preparó un decreto separando la Iglesia del Estado.

Todas medidas defendibles y progresivas, pero que fueron aplicadas de improviso, sin preparación, no como parte de una escalada de masas para su cumplimiento como parte de un programa, sino solo como una política de retribución política, que sembraron confusión y arrojaron a los brazos de la reacción a la militancia católica y, en el caso del divorcio, incluso desorientó a muchos trabajadores.

“En el caso de la defensa de los principios fundamentales de la doctrina católica, no se trataría de oposición política sino defensa del altar” fue una declaración del clero leída en todas las parroquias el 5 de diciembre de 1954. La jerarquía católica se levantaba en rebelión.¹⁸ Su espíritu corporativo la lanzó a una defensa cerrada de los curas y obispos críticos del gobierno contra los ataques de este y respondieron virulentamente a las propuestas seculares de Perón, así como al crecimiento en influencia de la UES.

Perón reaccionó criticando la ingratitud de la jerarquía con la que había colaborado por años: *“Ningún gobierno – dijo – dio jamás un puesto más preeminente a la Iglesia argentina que el que le ha dado el gobierno peronista.”* Después sobrevino la venganza.

Este paso de la jerarquía de la iglesia al antiperonismo rabioso fue decisivo ya que volcó hacia el golpe un segmento de la sociedad, el activismo católico, que se convirtieron en el factor que dio las ventajas adicionales a los “contras” dentro de las FFAA y la sociedad civil, volcando la balanza estratégica a favor del golpe.

Tanto así que el primer jefe de esta contrarrevolución “libertadora” fue un militar nacionalista católico: Lonardi. Luego, cuando su utilidad fue sobrepasada por las necesidades, fue descartado y muchos de esos católicos desencantados con el peronismo en 1955, volvieron a sus filas en las décadas siguientes o abandonaron la política.

El derrocamiento de Perón y la “Libertadora”

El derrocamiento del gobierno del General Perón sucedió en Setiembre de 1955¹⁹ y Perón marchó al exilio. Es necesario destacar que, como cuando fue detenido en 1945, Perón renunció a su puesto, en una carta a los militares y se negó a llamar a la lucha organizada de los trabajadores contra el golpe.

En este ámbito, aunque una minoría de activistas y obreros estaban dispuestos a luchar, y parcialmente lo hicieron, el grueso de la dirigencia sindical no sabía ni quería jugarse en una partida violenta contra las FFAA.

Perón se refugió primero bajo la protección del dictador paraguayo, Gral. Stroessner en una cañonera de ese país anclada en el Río de la Plata y para ser luego ser trasladado en el avión personal de Stroessner al Paraguay.

Fue protegido por el dictador Pérez Jiménez de Venezuela, el de Republica Dominicana, Trujillo, Somoza de Nicaragua lo hospedó en un breve estadía, para llegar finalmente a acogerse al exilio que le ofreció el dictador español Francisco Franco.

Sus amigos de entonces eran toda una definición. Eran los 50, plena guerra fría y anticomunismo, lejos aun de Cuba, el Mayo Francés, el Cordobazo y la victoria vietnamita. Perón se movía a gusto entre estos dictadores de uniforme.

Fiel a su heterodoxia táctica, cuando la situación cambió, Perón se desdijo de su renuncia y nombró como su delegado personal en 1957 a un izquierdista, John William Cooke.

El Gral. Lonardi, un nacionalista católico, asumió el poder brevemente después de la caída de Perón y estuvo en el poder menos de 60 días acuñando la famosa frase de “ni vencedores ni vencidos” y se aprestaba a concertar un acuerdo con los sectores más blandos del peronismo, particularmente el sindical.

Lonardi nombró como Ministro de Trabajo a un peronista destacado, Luis Cerrutti Costa, viejo asesor gremial de la Unión Obrera Metalúrgica.

La oligarquía y el resto de las FFAA, la contra política ahora victoriosa y la “izquierda”, es decir a los que se conoció popularmente como “gorilas”, querían una venganza completa y miraban con desagrado la política conciliacionista de Lonardi.

Finalmente lo desplazaron del poder, pusieron en su lugar a la coalición del viejo frente popular de derecha, cuyo cemento eran ahora las FFAA. Era la revancha autoritaria, golpista, de su derrota en las elecciones más limpias de la historia, las de 1945.

El nacionalismo católico, particularmente el moderado, fueron entonces expulsados en gran medida del poder por las tradicionales fuerzas antiperonistas (radicales, conservadores, liberales) y aunque mantuvieron cierta influencia, nunca se recobraron de aquel golpe histórico.

Serían desde entonces, rehenes de la reacción más derechista, para convertirse en marginales de la política durante casi una década, cuando el peronismo volvió a acogerlos parcialmente en su seno donde lograrían hegemonizar ideológicamente en sectores juveniles y algunos sindicales durante la fase de reflujó a los comienzos del gobierno militar de Onganía y su “Revolución Argentina” en 1966.

Los Generales Lonardi, Bengoa y otros, los hermanos Jacobella, que publicaban el diario mayoría, intentaron reagruparse en 1957-58 y buscaron los favores de un sector del peronismo, con cierto éxito, y terminaron algunos de sus partidarios acomodándose en el movimiento que habían ayudado a voltear del poder, otros se sumaron a cuanta aventura golpista, de cualquier signo, que se intentó hasta 1973.

Militares y marinos oligárquicos, como Aramburu, que reemplazó a Lonardi, y sirvientes de esa misma oligarquía como el Almirante Rojas, que siguió como vice presidente presidieron sobre un gobierno dictatorial apoyado en la Unión Cívica Radical (UCR), partes del Conservadurismo y la inefable colaboración del Partido Comunista y el Partido Socialista que se hicieron cargo junto a los militares de la intervención de los sindicatos. Las FFAA comenzaron a ser purgadas seriamente y la mano dura fue el tenor de la administración del estado.

“Mientras los militares del 43 proscibieron a los partidos y predicaron en contra de sus actividades, en 1955 los reinstalaron en el poder. Ministerios, intervenciones provinciales,

*intendencias, embajadas y una estrecha colaboración en todos los ordenes se explican como consecuencia del papel de la oposición civil en la caída de Perón, tanto en la formación de un clima favorable como en la acción directa de los comandos civiles armados.”*²⁰

En los gremios no era diferente. Allí, radicales y socialistas formaron los “32 gremios democráticos” que pretendían competir con los derrotados peronistas que, luego, formarían las “62 organizaciones”, en un principio junto a comunistas, una vez que estos fueron definitivamente desplazados de los favores del régimen, y otras fuerzas políticas.²¹

Luego habría escisiones de los comunistas e independientes de las 62 cuando los peronistas ortodoxos acumularon el suficiente poder como para deshacerse de sus aliados. Tomarían su propio rumbo, pero nunca hizo mella significativa la izquierda al dominio peronista en los sindicatos, fabricas y comisiones internas. Para ello haría falta revueltas obreras y populares en el 69. Y sería otra izquierda.

A los sectores civiles y gremiales de apoyo a la “libertadora” se les unió la jerarquía de la Iglesia católica que había colaborado abiertamente con el golpe después de su ruptura con el peronismo y que incluso repudio a los sectores nacionalistas socialmente moderados para unirse a la orgía proscriptiva del peronismo.

Los militares autorizaron el funcionamiento de los “Comandos Civiles Revolucionarios” que aterrorizaban activistas, invadían sindicatos a punta de pistola y asesinaban opositores peronistas.

También prohibieron mediante el infame Decreto-Ley 4161²² al Partido Peronista, prohibió a su líder, cerró sus locales, prohibió el uso de sus símbolos y condenaba con prisión, inhabilitación, clausura, disolución a las personas jurídicas, entidades, organizaciones e incluso empresas comerciales que mencionaran, apoyaran o publicaran información sobre el que llamaron “el tirano depuesto”, su partido o sus posiciones políticas, símbolos y marcha.

Se iniciaba así un ciclo que duró formalmente hasta 1972 en que se anulaban los derechos políticos de la mayoría sino de la población, al menos de la clase trabajadora, se conculcaba la soberanía popular y se autorizaba a gobernar el país con partidos que, hasta 1973, nunca gobernaron con el apoyo efectivo de mas del 25% de los votantes habilitados. La clase obrera perdió lo que había ganado bajo el peronismo sin ganar lo que el Peronismo le había negado.

El odio antiperonista produjo la más grande humillación de la historia contra un ex mandatario. Otros, antes de Perón, habían sido derrocados, exilados e incluso ejecutados por perder la pulseada del poder, pero casi ninguno de ellos sufrió el escarnio que produjo la derrota de Perón. Ese odio se extendía hacia el conjunto de la base del peronismo, la clase trabajadora.

Los vencedores de la “Libertadora” fueron mucho más allá que cualquier otro vencedor anterior de la historia argentina contra el derrotado. Lo desterraron, intentaron asesinarlo en el exilio, le inventaron acusaciones de estupro, violación y corrupción de menores, de corrupción económica majestuosa en su mayoría inexistentes (y la corrupción legal que había emprendido el peronismo a través de mecanismos institucionales fue dejada intacta para que se beneficiaran los ostentadores del poder posterior), el ejército le quito cargos, honores y pensiones, la Iglesia lo excomulgó y los medios de difusión lo tildaban de “tirano prófugo.”

Demás esta decir que la mayoría de las acusaciones y comisiones investigadoras convocadas para castigar al régimen peronista desaparecieron por si mismas al no conducir a nada y que el propio Papa Juan XXIII tuvo que dejar sin efecto el decreto de excomuniación en 1963.

Los derechos sindicales formales comenzaron a ser desmantelados y la oligarquía recobró su status dominante. Se anuló la Constitución de 1949 – en Elecciones de Constituyentes donde un sector multitudinario del peronismo votó en blanco - que bajo el Peronismo había instituido los derechos laborales en la Carta Magna.

Nombrar a un General de la oligarquía, Patrón Laplacette, como interventor de la CGT, una verdadera bofetada a los trabajadores, solo fue superado como humillación al robo del cadáver de Evita de la sede de la central sindical, y que fue morbosamente ocultado en Italia con la colaboración de la jerarquía eclesiástica, como rehén.

Esta era la obra de una dictadura que había asumido hipócritamente el nombre de “Revolución Libertadora.” Estos son los militares que desencadenaron la Masacre de Plaza de Mayo el 16 de junio de 1955 bombardeando civiles y asesinando a cerca de 400 personas en un ensayo de golpe un mes antes de finalizar la faena en setiembre.

Con todo esto plantaron el odio más profundo en la conciencia del proletariado argentino que se prolongaría por décadas y que los propios antiperonistas tuvieron que reconocer en parte, como resultado de sus propias acciones.

La “Libertadora” tuvo que liquidar el sistema educativo peronista, uno de sus peores facetas, y como no tenía alternativa, simplemente se lo entregó a liberales, comunistas y socialistas, los mismos que el peronismo había desplazado. También suavizó las normas de tenencia de medios de radiodifusión, reprivatizó radios y dejó en paz, como le eran partidarios, a los diarios.

En pocos años, esto se le volvería en contra, cuando estas libertades formales no fueron acompañadas con mejoras económicas significativas a la clase media ni se relajaron los estrictos controles de la libertad política en general, y los “Libertadores” no le encontraron a la economía la más mínima pista para el desarrollo económico. Pronto, gran parte de la juventud de clase media re-evaluaría al peronismo y una parte de ella miraría con simpatía a una nueva izquierda no comprometida con el gorilismo.

Del peronismo de estado al tercer peronismo: resistencia y participacionismo, dos caras de una estrategia

El Peronismo estatizado y por lo tanto inerte ante la reacción en 1955, fue proclive a la traición y la desertión. El vice-presidente de Perón, el Contralmirante Alberto Tessaire²³ se prestó para leer una declaración de 12 minutos a la caída de su gobierno, denunciando a este por estupro, fraude, inmoralidad y corrupción. Esa declaración, escrita en parte por su secretario privado, Bernardo Neudstat²⁴, fue filmada y exhibida en todos los cines del país.

No fue el único. Políticos, sindicalistas, funcionarios peronistas desfilaron por los despachos de los vencedores buscando preservar sus puestos, sus riquezas y, a veces, sus vidas.

Claro está que también hubo un masivo repudio al golpe entre los trabajadores que, al correr de las décadas, demostraron ser los únicos “leales” de Perón. Entre funcionarios y burócratas la reacción fue otra y ella se extendió también hasta nuestros días. Nunca antes un movimiento político procreó tantos traidores y colaboradores y tantos luchadores que se enfrentaron decididamente a los atropellos... simultáneamente.

Ese peronismo agotado en el estado y el gobierno de 1955, guarda pocas similitudes con el peronismo de la Resistencia que comenzó en 1956 con huelgas de textiles, bancarios, la huelga general de los metalúrgicos y se abrió paso definitivamente con la heroica huelga del Frigorífico Lisandro de la Torre en 1959, las 62 Organizaciones, luego la CGT de los Argentinos. John William Cooke²⁵, *un enfant terrible* del Peronismo cuando era diputado, es nombrado delegado personal de Perón en la Argentina.

La resistencia peronista marcó la cultura, y el folklore, de un nuevo peronismo surgido de las batallas contra la dictadura. Despojados del estado protector, bases y dirigentes peronistas que no dejaron de serlo debieron apelar a un aprendizaje desde abajo.

Desde el acto relámpago a la huelga sectorial, desde el cano puesto en un banco o empresa a grupos iniciales guerrilleros amateurs como los Uturuncos, rápidamente destruidos por la represión.

En sus principios no fue muy efectiva, aunque fuera multitudinaria porque los hechos inofensivos sumaban miles y siempre fue una molestia para los militares y el gobierno. El logro más importante de los primeros años de la Resistencia ayudaba a mantener la presencia del peronismo y a crear una nueva imagen “combativa” del propio líder y los dirigentes que le acompañaban.

Poco a poco fue creciendo en efectividad aunque la resistencia nunca logró conformarse, como lo haría después la Tendencia Revolucionaria y Montoneros, como un ente propio, con cuadros y estructuras firmes. Mas bien los miles de grupos dispersos de la Resistencia eran armas auxiliares de lo que Perón llamaba el “Comando estratégico”, es decir él mismo.

Si se quiere, dos elementos de ruptura cualitativa fueron las huelgas metalúrgicas masivas de 1956 y la lucha obrera y popular del Frigorífico Lisandro de la Torre en 1959 que, aunque terminaron en derrotas, marcaron un antes y después en el proceso de oposición y restructuración del peronismo.

La ruptura del antiperonismo y el acuerdo Perón-Frondizi

Ese Peronismo de la Resistencia, y del tercer peronismo, cerró el ciclo de 1955-58 que se había coronado con el controvertido acuerdo Perón-Frondizi que llevó a este último a la presidencia con el Peronismo aun proscrito. Perón se desembarazó de Cooke e inclinó la balanza hacia los sectores más conciliadores de su movimiento.

A pesar de la orden desde Madrid, cientos de miles de peronistas votaron en blanco. Frondizi había roto con el Balbinismo más gorila de la UCR y formado la UCR Intransigente, mientras Balbín llamó a su facción UCR del Pueblo.

Frondizi reflejaba un primer retroceso del antiperonismo que lo hacia en vistas del fracaso de la proscripción peronista. En aquellos años no se podía acceder al gobierno sin por lo menos la neutralidad de las FFAA, pero sin el peronismo ningún gobierno podía contar con la suficiente estabilidad como para hacer el regreso de los militares imposible.

En menos de un año, Arturo Frondizi puso en práctica un Plan económico que facilitó la reintroducción del capital extranjero, renegó de su política petrolera dictada en su campaña electoral y comenzó a desnacionalizar su producción y, antes de diez meses, comienza a gobernar con el Estado de Sitio y da muestras de represión al movimiento obrero.

Gran parte de los jóvenes que comenzaban a radicalizarse y que habían apoyado su triunfo electoral, pronto dividirían sus simpatías entre el peronismo combativo, el trotskismo, el clasismo y el maoísmo. Frondizi, para ellos, solo había sido una estación de paso.

Muchos de los presos políticos y gremiales liberados al asumir su gobierno son encarcelados nuevamente, en forma selectiva. El inefable neoliberal Álvaro Alsogaray es nombrado Ministro de economía y comienza el ciclo de “hay que pasar el invierno” que es el preanuncio de privatizaciones y ajustes a costa de la clase trabajadora y la clase media que continuara sus embates hasta su triunfo definitivo con los militares y el gobiernos “democráticos” de Alfonsín y Menem.

El 26 de agosto de 1958, Frondizi anunció que se pondría en vigencia el artículo 28 del decreto 6.403/55 heredado del gobierno gorila de Aramburu y Rojas, autorizando la creación de las universidades privadas, que llevaba el nombre del diputado de la UCRI que la presentó: Domingorena.

Era parte de un intento de asimilar a la jerarquía católica a su gobierno. La FUBA (Federación Universitaria de Buenos Aires) organizó una movilización de miles para protestar la decisión del gobierno de Frondizi.

Los retoños de la “Libertadora” comenzaban a sublevarse. A la cabeza de la manifestación marcharon el rector de la Universidad, el comunista Risieri Frondizi, hermano del presidente, y el vice, el pediatra Florencio Escardo.

Eran los “laicos” que pronto adoptaron una divisa violeta y se convirtió en el movimiento de masas estudiantil más grande desde la Reforma Universitaria de 1918. Estudiantes secundarios y universitarios se radicalizaron con la lucha que los enfrentó en las calles con los contingentes de uniformes y cintas verdes encabezados por curas y miembros de la acción católica, con una violencia inusitada.

El 19 de setiembre, los laicos movilizaron a unos 300.000 manifestantes en respuesta a una concentración de la Iglesia que contó con 60.000 participantes. Pero aunque ganaron en las calles, perdieron políticamente, ya que el gobierno volcó todo su peso para reprimir y coaccionar al movimiento.

A esto colaboró que sectores del peronismo también se opusieron a los laicos en parte por razones culturales y en parte con la esperanza de recuperar el apoyo de la Iglesia para su retorno al poder.

El gobierno llegó a prohibir los actos públicos por 30 días. En esa lucha se curtieron muchos de los que después serían dirigentes de la izquierda peronista y de los grupos de izquierda que brotaron como hongos y crecieron a partir del Cordobazo diez años después.

Es de destacar, sin embargo, que entre los militantes de “La Libre” también revistaron muchos activistas que después se volcarían a la izquierda, sobretudo del nacionalismo católico. La movilización en la calle y las confrontaciones físicas fue un estilo de debate que convenció a muchos.

El de Frondizi fue un gobierno no exento de contradicciones en varias esferas. Entrega la CGT a los peronistas y se entrevista el Presidente con el Che Guevara después de la visita de este a una reunión internacional en el Uruguay, también permite, bajo la sigla de Unión Popular (UP), la presentación de la fórmula peronista Framini-Anglada en la Pcia. de Buenos Aires en 1962.

Al principio de la campaña electoral, se había anunciado que la fórmula en la Pcia. de Buenos Aires sería Framini-Perón que desató la furia de los militares y la Iglesia que obligaron a Frondizi a efectivizar, por enésima vez, la proscripción del líder.

Se oficializó entonces la fórmula bonaerense con Andrés Framini y Marcos Anglada, que concurren bajo las siglas de la Unión Popular, al igual que en la Capital Federal.

En Córdoba, La Pampa, Chaco, Jujuy y Tucumán el movimiento prohibido lo hizo bajo la sigla del Partido Laborista; en Mendoza, Santiago del Estero y Entre Ríos, con el nombre Tres Banderas; en Neuquén como Movimiento Popular Neuquino; en Río Negro como Partido Blanco; en Misiones como Partido Justicialista y en Chubut y Santa Cruz como Partido Populista.

Al decir de John William Cooke, el peronismo era el “hecho maldito” de la política burguesa, una definición brillante que década, tras década, mostró su resiliencia.

La burguesía lo maldecía por lo que tenía de audiencia en el movimiento obrero, pero lo miraba de a ratos como el salvador del régimen ante cualquier sublevación de los desposeídos, para pasar al odio acérrimo una vez que la situación se estabilizaba.

Había que amaestrarlo, aggiornarlo e integrarlo al sistema como antes se había hecho con el Yrigoyenismo, Alvearizandolo. Pero la diferencia entre este último y el peronismo era su base

social. La clase media Yrigoyenista probó históricamente ser mucho más maleable que el proletariado.

Los peronistas ganaron en Buenos Aires y otras provincias el 18 de marzo, disparando un nuevo planteo militar, que se venían sucediendo desde la renuncia de Alsogaray un año antes, y Frondizi tuvo que anular las elecciones e intervino las provincias afectadas pero no logró detener su derrocamiento por un golpe pocos días después, el 29 de marzo. Fue detenido e internado en la Isla Martín García.

Frondizi fue reemplazado por José María Guido, Presidente del Senado, asumió la Presidencia pero las FFAA ejercieron el poder real a pesar de la muestra de protagonismo que permitió que un civil presidiera el país.

De Illia a la “Revolución Argentina”

Al año siguiente, incapaces de dirigir la economía o lograr el consenso necesario para establecerse en el poder, llaman nuevamente a elecciones y entregan el poder nuevamente a los civiles, encarnados esta vez en la figura de Arturo Illia, médico de familia en Córdoba, de la UCRP (Balbinista) que gana las elecciones con el 25% de los votos.

El peronismo nuevamente proscripto. Su gobierno, hoy recordado como “benevolente” era clasificado como “Tortuga” e ineficiente. Nunca pudo contar con una base social que lo sostuviera. Así, tuvo que imponer el “Plan Conintes” que ilegalizaba huelgas y apeló a la represión contra huelguistas como los obreros azucareros.

En 1966 es derrocado casi sin repercusiones por la llamada “Revolución Argentina.” En el ambiente social creado para el golpe colaboraron muchos dirigentes peronistas, particularmente del sindicalismo.

En la elección que le dio el triunfo, Illia obtuvo el 25% de los votos; segundos en la contienda estuvieron los votos en blanco con el 19%; tercero la UCRI que llevó de candidato a Oscar Alende con el 16% luego el partido de Aramburu, UDELPA, con el 7.5% y otra media docena de partidos oscilaron entre el 3 y el 5%. El antiperonismo agonizaba políticamente fragmentado.

En los 60 comienza un proceso de transformación en la juventud, incluida la juventud de la clase media hasta ese momento rabiosamente antiperonista. Los primeros signos de esta transformación social, de búsqueda de relacionarse con la clase obrera, particularmente con el peronismo y la izquierda y de terminar la iniquidad de la proscripción de gran parte del pueblo dará raíz a los dramáticos acontecimientos que serán el meollo de nuestra historia.

Pocos prestaron atención a esas señales iniciales como no le dieron importancia a su precursora, la gran batalla por la enseñanza laica.

Un comando de la Juventud Peronista se apodera del sable corvo del General San Martín; al final del mismo año, el Movimiento Nacionalista Tacuara, se escinde y un sector gira del nacionalismo oligárquico a la izquierda y, con el nombre de Movimiento Nacionalista *Revolucionario* Tacuara (MNRT) asalta el Policlínico Bancario para recaudar fondos para organizar acciones guerrilleras antidictatoriales. El grupo esta dirigido por Joe Baxter.

Tres años más tarde, otro grupo juvenil, desembarca en Las Malvinas en el llamado “Operativo Cóndor.” De este grupo saldrán luego dirigentes tanto de la izquierda peronista como de su extrema derecha.

Los dos jefes del operativo que invadieron la cabina del piloto de un avión de Aerolíneas Argentina para llevarlo a las Islas ocupadas por los ingleses fueron Dardo Cabo, que después sería dirigente de los Montoneros y Alejandro Giovenco, que cobraría notoriedad por su

participación en la lucha armada contra la izquierda peronista, su pertenencia a la CNU (Concentración Nacional Universitaria) y a la Triple A.

En el momento de su muerte, años después, por el estallido de una bomba que transportaba para volar un local de izquierda, Giovenco era guardaespaldas del Secretario General de la CGT, José I. Rucci.

En el plano sindical se daba también un fenómeno de transformación y surgían corrientes, cada vez más numerosas, de dirigentes y activistas que rechazaban las tendencias “negociadoras” y “participacionistas” de líderes como Augusto Timoteo Vandor. Entre estas existían las que se denominaban “combativas” y más tarde las más radicalizadas o “clasistas.”

Luego de algunos años de conflictos gremiales sectoriales importantes y de huelgas generales, se realiza el Congreso Normalizador de la CGT donde se impone la dirección de Raymundo Ongaro y se crea la CGT de los Argentinos, con cierta influencia clasista y donde participan burócratas sindicales, pero también dirigentes combativos e incluso de izquierda.

Hasta 1969, en que queda virtualmente disuelta por la represión y el encarcelamiento de sus principales dirigentes, pone en jaque al gobierno militar de Onganía.

Los dirigentes y gremios que seguían a Augusto Timoteo Vandor se retiran del Congreso Normalizador y forman la CGT Azopardo. El gobierno militar ilegalizara a la CGT (A) pero solo intervino la CGT Azopardo y mientras encarcelaba a los dirigentes de la primera, permitía a los segundos seguir dirigiendo sus estructuras gremiales.

Vandor inicia la etapa del “participacionismo” sindical con los militares en el poder y estimula la política de crear “un peronismo sin Perón”, basado en los sectores relativamente más privilegiados de la clase obrera y los dirigentes peronistas más venales.

No marchan a contramano del peronismo, sino que expresan un camino paralelo al de la Resistencia y entre esos dos segmentos del movimiento luchaba Perón por mantenerse como el árbitro.

Después de la experiencia frustrada de los Uturuncos, de fines de los 50, surgen en el periodo de principios de los 60 las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP) que intentan la guerrilla en Taco Ralo pero la mayoría de sus integrantes son detenidos en 1968.

Por su lado, la izquierda producía un fenómeno similar. En el Norte aparece el Ejército Guerrillero del Pueblo (EGP) dirigido por el periodista argentino, fundador de Prensa Latina en Cuba, colaborador del Che Guevara, Jorge Ricardo Massetti. Esta experiencia es desarticulada en 1964 y termina con la muerte o desaparición, incluida la de Massetti, de la mayoría de sus miembros.

Perón observa desde el exilio como, desde la izquierda, la juventud y sectores clasistas pugnan por independizarse de su liderazgo aunque la mayoría de los trabajadores y de esos mismos luchadores se reivindicaban aun como peronistas.

Por la derecha, Vandor también amenaza la unidad Peronista como respuesta al fortalecimiento de la izquierda del movimiento obrero y entre la juventud e intensifica su política de “peronismo sin Perón”, chocando con la estrategia del General y el sector moderado del peronismo que buscaba una salida a partir de acuerdos puntuales con el régimen.

El General Perón inicia entonces una operación de pinzas tratando de recuperar la iniciativa política. Nombra a un hombre de la derecha negociadora con los militares, Daniel Paladino, como su delegado personal e inicia conversaciones con todas las fuerzas políticas burguesas para discutir una salida negociada a la crisis económica y política.

Por otro lado, envía a su esposa María Estela Martínez de Perón a la Argentina en Abril de 1966 para ayudar a la derrota de los candidatos neoperonistas Vandoristas en la Provincia de de Mendoza lo que logra no sin mucho trabajo.

Menos de dos meses después, el presidente Illia es derrocado por la llamada “Revolución Argentina” liderada por el General Onganía. El golpe habría tenido sino la venia explícita, al menos la complacencia de Perón. El movimiento obrero no esta movilizado.

El fracaso de Vandor en su desafío al líder exiliado se considera fue la ultima gota que rebasó la paciencia militar. Vandor se repuso de esa paliza, solo para buscarse su ejecución más tarde.

Vandor y otros dirigentes sindicales “colaboracionistas” participan de la ceremonia de asunción del poder de Onganía.²⁶ Perón abre un impasse, “desensillar hasta que aclare” según sus palabras, para ver los primeros pasos del nuevo gobierno militar y la de sus propios seguidores. Una cosa es la tregua de Perón y otro la propuesta de alianza burocracia-FFAA que parece propugnar Vandor.

Onganía aprovechó esta verdadera tregua que le ofrecieron desde el peronismo para desactivar la Comisión del Salario mínimo, vital y móvil, congelando los sueldos de los asalariados de menores recursos.

Anunció su voluntad de suspender el sábado inglés, el único día en que la jornada laboral se reducía a la mitad; impuso el arbitraje obligatorio en los conflictos laborales y una ley de represión automática para huelgas y conflictos obreros. Asimismo disolvió, ilegalizó e intervino sindicatos suspendiéndoles sus personerías gremiales.

La dictadura también modificó la Ley de indemnizaciones por despidos y aumentó la edad para jubilarse. Dictó la llamada "Ley de represión del Comunismo", y bajo la acción de la DIPA (Dirección de Investigación de Políticas Antidemocráticas) persiguió y encarceló a los militantes políticos, estudiantiles y sindicales y creó el más grande archivo de “subversivos” existente hasta ese momento en el país.

Vandor, que esperaba dadas del gobierno militar, quedó suspendido en al aire, sin apoyatura para su proyecto político. Perón, que solo había prometido un alto el fuego temporal, volvió a la carga contra el régimen militar y flanqueando al Vandorismo.

Los partidos políticos fueron declarados disueltos, aunque al igual que los sindicatos, el gobierno militar permitió inicialmente el funcionamiento de aquellos que no representaran un peligro para su gestión.

Intervino las universidades, que fueron consideradas “centros de subversión y comunismo”, anulando la autonomía universitaria y autorizando el ingreso de fuerzas policiales a los claustros para reprimir y detener estudiantes, profesores y hasta autoridades de las mismas.

La llamada Noche de los Bastones Largos del 29 de julio de 1966, cuando fueron detenidos 400 estudiantes y profesores en un asalto masivo de la Policía Federal a varias sedes educacionales fue el comienzo de una larga cadena de hechos represivos del régimen.

Muchos intelectuales y científicos abandonaron el país. Alrededor de 300 se fueron inmediatamente luego de renunciar como acto de protesta; de ellos 215 eran científicos; 166 se insertaron en universidades latinoamericanas, básicamente en Chile y Venezuela; otros 94 se fueron a universidades de los Estados Unidos, Canadá y Puerto Rico; los 41 restantes se instalaron en Europa.²⁷

Onganía ordena reprimir ferozmente las expresiones huelguísticas de los trabajadores. Por supuesto, se ensaña con los sectores liderados por la izquierda y la izquierda peronista. Encarcela a sus dirigentes.

La base social de la “Revolución Argentina” se esfuma, liquidada en primer lugar por los propios actos mesiánicos del gobierno de Onganía que creía que gobiernos y regimenes se sostienen por encima y a pesar de la realidad de la lucha de clases. Por debajo se comenzaba a gestar una rebelión obrera-estudiantil.

Perón trata de capitalizar este ambiente y rompe públicamente con toda forma de especulación en relación al régimen militar de Onganía y llama a la resistencia. Sus discursos se pueblan de críticas al Vandorismo y los colaboracionistas y comienzan a aparecer sus referencias a la juventud tratando de cooptar el creciente descontento de la misma.

La ruptura de la CGT

En mayo de 1967, Francisco Prado de Luz y Fuerza, jefe nominal de la desarticulada CGT y un hombre de confianza de Vandor, renunció a la secretaría general dejando su cargo a una Comisión Transitoria, que llamó a un Congreso normalizador que se reunió del 28 al 30 de marzo de 1968 y en el cual los principales grupos sindicales, dirigidos por Vandor (Metalúrgicos), Alonso (Textiles), Taccone (Luz y Fuerza) y Rogelio Coria (UOCRA), propusieron postergar el Congreso dada la cantidad de gremios intervenidos por el gobierno.

Alonso, que había enfrentado a Vandor a principios de los 60 era ahora parte del sector burocrático dirigido por aquel que se había retirado, por lo menos públicamente, de sus planes de reemplazar a Perón.

Los reunió el temor a la izquierda. Cuando sus oponentes insistieron en llevar a cabo la reunión, los Vandoristas y sus aliados abandonaron el Congreso que siguió deliberando y eligió una nueva dirección.

Efectivamente, frente a ellos se erigía una tendencia mayoritaria de delegados encabezados por el Gráfico Raymundo Ongaro²⁸ (peronista de izquierda influenciado por el Peronismo de Base y las FAP) y que contaba en sus filas a los telefónicos de Julio Guillam, los Navales conducidos por Ricardo de Luca, la FOTIA de Atilio Santillán de Tucumán, Farmacia, Portuarios, Sanidad...

A esta corriente se volcaron sectores de la izquierda peronista, pero también los sectores clasistas orientados por dirigentes como Agustín Tosco, de Luz y Fuerza de Córdoba, el Partido Comunista Revolucionario que comenzaba a influenciar el SMATA cordobés, y como nota original, numerosos intelectuales y artistas, así como también el Movimiento de Sacerdotes del Tercer Mundo.

Ongaro se había reunido con Perón en Madrid y este le había dado la luz verde para derrotar a Vandor o, en su defecto, dividir la CGT para debilitarlo. Menos de un año después Perón haría exactamente lo contrario.

Vandor tomó el edificio de Azopardo de la CGT y declaró la creación de su propia central. Se disponía a resistir a los rebeldes y contaría para ello con la ayuda del gobierno militar y durante un periodo, la hostilidad de Perón.

El primer programa de las fuerzas de Ongaro fue redactado por Rodolfo Walsh quien también dirigió su periódico y el artista Carpani popularizó los dibujos de “realismo combativo” que representaban a la CGT(A).

Esta corriente era heterogénea ya que incluía sectores que se reivindicaban clasistas (de izquierda, independientes de los partidos políticos, de sindicalismo revolucionario); “combativos” (generalmente peronistas disidentes), de izquierda (que respondían al PCR, PC y otros partidos de esa variante); grupos católicos radicales, no pocos burócratas sindicales desplazados y hasta radicales y socialistas democráticos que dirigían o influenciaban sindicatos como Viajantes y Ferroviarios.

Sus reuniones se realizaban en el edificio de la Federación Gráfica Bonaerense (FGB) dirigida por Ongaro, mientras la de Vandor, Alonso, Prada, Coria y Tacone se había quedado con el edificio de la CGT de la calle Azopardo. Por eso, la CGT (A) fue también conocida como CGT de Paseo Colón y la otra como CGT (Azopardo).

La central dirigida por Ongaro fue la más combativa y movilizó a sus miembros contra el gobierno militar pero también la que recibió el peso de la persecución y la represión. Para principios de 1969 estaba desarticulada en la mayor parte del país y dirigentes de peso se habían retirado de ella.

El carácter heterogéneo de la formación contribuyó en gran medida a su debilitamiento ya que las distintas fracciones no pudieron ponerse de acuerdo alrededor de una estrategia común pero lo decisivo fue que su creación prematura reflejaba el avance del movimiento obrero, pero no llegó a acoplarse con las explosiones sociales del 69.

El camino hacia el Cordobazo

El año 1969 se inicia con grandes huelgas obreras y movilizaciones estudiantiles. En Rosario muere asesinado el estudiante Juan José Cabral en enfrentamientos con la policía. En Tucumán se dan sucesos similares que terminan con la muerte de Alberto Ramón Bello. También en la misma ciudad es asesinado el obrero metalúrgico Norberto Blanco. El pueblo lleva adelante grandes movilizaciones obreras y populares en Tucumán.

Así como el segundo peronismo había sido el peronismo de la crisis de la posguerra donde el modelo exportador a las potencias beligerantes a favor del capitalismo nacional se derrumbaba como efecto de la paz mundial, en el 69 lo que entraba en crisis era el modelo desarrollista, de intervención e inversión de capital extranjero para desarrollar la industrialización. En esa coyuntura el peronismo no contaba con una alternativa.

Tampoco entre la juventud ya que el peso de la dirección de las manifestaciones y protestas universitarias estaba a la izquierda. Los universitarios que se reclamaban peronistas en 1969 eran mayoritariamente nacionalistas, muchos de ellos de derecha y despreciaban por inercia todo trabajo estructural en la universidad.

No es casual que Córdoba fuera el epicentro del estallido. Allí se había radicado la industria más moderna, de proletariado nuevo y joven en las ramas metalúrgicas y de la industria automotor. Allí la influencia peronista era mucho menor que en otros conglomerados industriales del país. El movimiento estudiantil, por las mismas razones, promovía un acercamiento con el proletariado, de donde provenían muchos estudiantes, y generalmente consideraban a fracciones de izquierda como sus referentes.

El capital norteamericano, predominante en la época, comenzaba a detener sus inversiones en el país como prólogo a la creación del “milagro brasileño” que, en conjunción con la burguesía Paulista crearía un torrente de inversiones e industrialización en Brasil solo comparable al Plan Marshall en Alemania o la reconstrucción productiva del Japón que habían caracterizado la política de expansión económica del imperialismo norteamericano al final de II Guerra Mundial.

La impaciencia y radicalización de la juventud, particularmente la universitaria, conmovida desde 1958 en su confianza en el antiperonismo, y desde 1967 por el asesinato del Che Guevara en Bolivia y que adopta como ícono y referente y las grandes huelgas y movilizaciones obreras dirigidas por elementos de izquierda o de la izquierda peronista menos orgánica ha tomado la iniciativa a despecho de la represión oficial y los intentos por Perón por canalizarlas en su movimiento. Son la expresión ideológica – política de los sectores desplazados por los cambios económicos y las maniobras políticas en la superestructura.

Por primera vez desde el derrocamiento de Perón, los políticos tradicionales peronistas y antiperonistas, y los militares, han perdido la iniciativa. No tienen un plan económico alternativo y, mucho menos, un programa político para enfrentar la nueva situación.

Ante ella solo habían apelado a viejas recetas conservadoras. Perón todavía tardaría dos años más en comenzar a esbozar un plan meramente de coyuntura, el llamado Pacto Social, que no era más que la exigencia a las patronales y el movimiento obrero de “desensillar hasta que aclare”, es decir hasta que se le ocurriera con que reemplazar las ideas de treinta años atrás.

El Che Guevara, la insurrección obrera-estudiantil Mexicana contra las Olimpiadas, la Guerra de Vietnam y la Ofensiva del Tet de 1968, el Mayo Francés y la Primavera de Praga han ocasionado una convulsión internacional en la conciencia de la juventud, obrera y universitaria. Su acoplamiento a la crisis económica era inevitable e imprevisible para el régimen. Y para colmo estaba el ejemplo cubano, allí, resistiendo los intentos del imperialismo a 90 kilómetros de su costa.

Perón y el Peronismo se enfrentan así con poderosos símbolos culturales de la revuelta que no le son propios por primera vez en la postguerra. Difíciles de cooptar y menos aun de controlar. Entre muchos trabajadores y estudiantes también cunde mucho la frustración con las idas y venidas, las negociaciones y entuertos del líder en el Exilio. Perón también se queda por un tiempo sin mucho para decir. Sus viejas recetas de expansión capitalista e industrialismo aparecen ahora como obsoletas.

Fabrica tras fabrica, sobre todo en el cordón del Gran Buenos Aires, Córdoba y en Villa Constitución, en Santa Fe, los obreros peronistas comienzan a elegir delegados y comisiones internas de izquierda, no porque su ideología estuviera cambiando de orientación bruscamente, sino porque los veían como mejores representantes contra los militares y la patronal comparados con los dirigentes “participacionistas” y porque en cierta forma, las nuevas ideas sociales se habían colado en el propio seno de la base social peronista, aunque no en la práctica organizativa... todavía.

A pesar de la ineffectividad de la CGT de los Argentinos, algunos de sus dirigentes más reconocidos y activistas y delegados clasistas y combativos se benefician de la debilidad del Vandorismo y la CGT de Azopardo y ganan posiciones importantes en grandes concentraciones obreras. No como parte de la CGT(A), sino como un fenómeno enteramente nuevo, con un gran grado de independencia de la superestructura política-sindical del “establishment”, aun aquellas que se disfrazaban de enemigos del mismo.

Estos fenómenos nuevos son también una forma de rechazo en los hechos de la política de Perón de ir tejiendo alianzas y apoyos a políticos tradicionales y aun a su política pendular en relación a los militares. Es un desafío que, a diferencia del que protagonizara Vandor, no se limitaba a la superestructura, sino que surgía desde abajo, espontáneamente y, por lo tanto, le era más difícil de enfrentar a un general acostumbrado a la lucha de trincheras.

Toda esta situación confluye el 29 de Mayo en el estallido seminsurreccional que se conoce como “El Cordobazo.”

La acumulación de tensiones y enfrentamientos en el ámbito gremial y las universidades había ido escalando vertiginosamente desde fines de abril del 69. Pero sus raíces podían rastrearse desde al menos una década antes. Se habían unido la crisis de la burocracia sindical peronista con la crisis del modelo universitario de “libre pensamiento” de la “Libertadora.” Los hijos se volvían contra sus padres.

En esas circunstancias la CGT cordobesa de Vélez Sarfield (que seguía los lineamientos de la CGT de Ongaro), dirigida por Agustín Tosco (Luz y Fuerza)²⁹ y Atilio López (UTA)³⁰ lanzan la

idea de un paro y son interceptados en la idea por la CGT oficialista, dirigida por Elpidio Torres (SMATA)³¹, alineada con la CGT Vandorista de Azopardo a nivel nacional, quien les indica que quiere hacer un acuerdo para un paro conjunto.

Unos días antes de proponer una reunión con Tosco y López, Torres había sido presionado por asambleas de fábrica de su gremio, particularmente de la fábrica de donde él provenía, Kaiser, donde comenzaba a crecer la tendencia clasista orientada por el PCR y había mantenido una conversación con Vandor quien le había manifestado que había que expresar alguna forma de oposición a la dictadura de Onganía ya que el clima social, y el propio Perón, iban ahora en esa dirección.

Por otro lado, Vandor que no era ciego, decía que había que cortar el paso a la izquierda por izquierda, una vieja treta suya y utilizar el paro, que avizoraba como pacífico, como instrumento para una nueva ronda de negociaciones con los militares. Para entonces ya era tarde para ese reacomodo, todos los créditos de la sublevación recayeron sobre los dirigentes de izquierda.

La originalidad del paro concertado era que sería de 36 horas, comenzando a las 10 de la mañana para permitir que los trabajadores llegasen a sus fábricas, hicieran asambleas y marchasen hacia el centro de la ciudad en columnas. La idea inicial era un gran acto obrero y la presentación de demandas al poder político-militar.

El paro no fue solo obrero, y masivo, sino que coincidiría con las asambleas y marchas de protesta estudiantil y, una vez comenzada la movilización el mismo día 29 arrastraría a sectores medios, vecinos de barrios populosos y a la clase media y comerciantes que comenzaron a plegarse masivamente a la confrontación, excediendo en mucho las pretensiones de los dirigentes de ambas CGT.

La represión inicial desatada por la policía provincial y destacamentos de la Policía Federal no hicieron más que enardecer los ánimos y radicalizar la protesta. Instintivamente, las masas intuían la debilidad del gobierno y se lanzaron contra él.

Siguiendo la definición de insurrección de Lenin, esta es cuando las huelgas se vuelcan a las calles y construyen barricadas. Algo así fue el Cordobazo: una marea humana que erigía barricadas y derrotaba en las calles a la policía cordobesa y los escuadrones de la Federal que fueron utilizados para reforzarla.

Antes de caer la noche del 29, la ciudad estaba en manos de los manifestantes que ocupaban dependencias universitarias, estaciones de policía, sedes de algunas empresas, radios y edificios de la administración pública.

Algunas armerías fueron asaltadas y en escuelas y universidades, así como en la sede de algunos sindicatos y en las oficinas locales de la CGT de los Argentinos se producían bombas molotovs y se centralizaba alguna información de los que sucedía en los diversos frentes de combate de la ciudad que después era distribuida en volantes o a través de correos improvisados.

El gobierno de Onganía envió el ejército a “pacificar” la ciudad y a este le tomó varios días restablecer el control de la misma.

El surgimiento del clasismo y la “Nueva Izquierda”

Contrariamente a lo que afirman algunos historiadores, el Cordobazo no fue una explosión, ni espontánea ni producida en el vacío de una situación por lo demás diferente en el resto del país. Todo lo contrario.

Venía precedido de grandes puebladas acompañadas de huelgas masivas en Tucumán donde el 13 de mayo en una huelga del ingenio azucarero Amalia, sus trabajadores ocuparon el establecimiento y al que le siguieron protestas estudiantiles y otras huelgas.

El 13 de mayo había comenzado lo que se dio en llamar el Rosariazo, huelgas y movilizaciones estudiantiles que derivaron en represión. El 17 de mayo, en una protesta estudiantil fue asesinado por la policía el estudiante Adolfo Bello. Las luchas en Rosario, masivas, obrero, estudiantiles y populares se extenderían hasta el mes de setiembre cuando se produjo lo que dio en llamarse, el 2do. Rosariazo.

Los sucesos de Rosario se habían desatado por demandas locales también, pero tuvo mucha influencia a su vez, la solidaridad con la lucha de los estudiantes, y luego trabajadores y sectores populares, que había ocurrido pocos días antes en Corrientes. En cada explosión local se respiraba el hastío de la sociedad con los militares.

Allí, los estudiantes universitarios protestaron contra el anuncio de un aumento del 500% en los precios del comedor universitario; la policía reprimió la marcha contra el rector Carlos Walker, matando al estudiante correntino Juan Carlos Cabral. Eso no hizo sino profundizar y extender las protestas.

Ya antes de producirse el Cordobazo el 29 de mayo, había llamados para una huelga general nacional universitaria por las muertes de Bello y Cabral y se producían huelgas importantes en la Capital Federal, el cordón industrial del Gran Buenos Aires, Neuquén, Mendoza y otras provincias.

La dictadura del Gral. Onganía respondió a todos estos desafíos de la misma forma: enviando tropas a reprimir.

El saldo de la represión en Córdoba se dice que fue de 19 muertos y centenares de heridos. Sin embargo, nunca pudo tenerse una cifra confiable porque muchos de los caídos fueron atendidos por sus compañeros o simplemente no se reportaron como víctimas de la represión para evitar represalias u hostigamiento contra sus familiares y amigos.

El Cordobazo fue diferente a los otros levantamientos obreros y populares que le precedieron y a los que le siguieron. Tuvo un impacto en la conciencia a nivel nacional que radicalizó y lanzó hacia la organización a miles de jóvenes estudiantes y obreros.

El otro signo decisivo fue que, por primera vez desde el derrocamiento de Perón la izquierda comienza a ocupar un papel prominente en las movilizaciones, aunque el peronismo más radicalizado participó por igual.

El Peronismo había interpretado las necesidades de los trabajadores y conducido a estos por el camino del populismo distributivo y una construcción industrialista del estado en los 40.

Luego en la resistencia, había encabezado la lucha por los derechos democráticos y la representación política de los trabajadores proscritos por los sucesivos gobiernos civiles y militares entre 1955 y 1969.

Como movimiento, Perón y el Peronismo habían acaudillado la lucha como se expresaba hasta entonces ante la desertión y debilidad del conjunto de las fuerzas políticas, de derecha y de izquierda.

El Cordobazo significó un quiebre, fue un fenómeno no controlado ni por Perón ni por el Peronismo y que se cebaba también en las debilidades de los mismos: las constantes maniobras de armado y desarmado de la resistencia, su posición no positiva en relación a algunas luchas como la de la enseñanza laica e incluso su desinterés y hasta condena de algunos movimientos revolucionarios como el del General Valle en 1956.

El Cordobazo era a su vez el enterrador de la dictadura de Onganía, que se vio forzado a renunciar poco después y fue reemplazado por el Gral. Levingston y el modo de expresión de una juventud trabajadora y estudiantil que no se sentía representada por los vericuetos y maniobras de

Perón en Madrid, ni por los tradicionales dirigentes sindicales y políticos que traicionaban sus luchas.

Para esa juventud, el Mayo Francés, las rebeliones de las olimpiadas en México, el Che Guevara y su asesinato en Bolivia, la Cuba socialista, la lucha contra el imperialismo en Vietnam y el movimiento antiguerra en EEUU serían una inspiración y fuerza motora muy potente.

En el plano sindical, tomaría la forma del crecimiento del clasismo y los sectores combativos que ganaban sindicatos, seccionales, delegaciones de la CGT del interior, cuerpos de delegados y formaban sólidas corrientes opositoras a la burocracia en casi todos los sindicatos.

En el político, dio origen a una corriente de vanguardia, de docenas de miles de jóvenes que le dieron la espalda a los partidos burgueses tradicionales y se volcaron hacia las organizaciones de izquierda, trotskistas, maoístas y radicales y también dieron origen o reforzaron notablemente un tiempo después a las organizaciones guerrilleras, de la izquierda peronista y a las que provenían del marxismo.

Esa vanguardia, aunque muy numerosa, no representaba la conciencia de la mayoría de los trabajadores que se seguían identificando como peronistas, pero tenía enorme influencia sobre ellos en los planos sindical y en algunas cuestiones relacionadas a la resistencia contra la dictadura.

Perón se vio aislado de ese sector activo de la juventud y los trabajadores, la que realmente combatía y luchaba con energía y dinamizaba toda la situación política y que ya podía contar en su haber el derrocamiento de Onganía, luego el de Levingston y que obligó al sucesor de este, el General Lanusse, a abrir el juego político y llamar a elecciones en 1973 con el objetivo de diluir este fenómeno.

Perón, por su parte, al estallar el Cordobazo, quedó rodeado de burócratas sindicales y el viejo aparato político del justicialismo y negociando con la UCR y otros sectores políticos tradicionales, y el gobierno militar, para llegar a una salida política. Obviamente, el viejo estrategia sabía que eso no era suficiente.

Es entonces, con el objetivo de cooptar esa vanguardia juvenil y trabajadora, que Perón radicaliza su discurso y comienza a insistir en su deseo, otra vez, de regresar al país. En el plano organizativo habla del “transvasamiento generacional” y comienza a plantear un difuso “socialismo nacional.”

El Cordobazo puso sobre la mesa el debate de la independencia de clase y política de la clase trabajadora, la democracia sindical y la radicalización de izquierda de la juventud. Perón, en 1970, solo estaba aprendiendo con dificultad el lenguaje con el que quería encaramarse en esa nueva realidad.

Perón se planto, en un primer momento, digamos 1969-70, frente a esto defendiendo las formas tradicionales de hacer política de su movimiento. La vanguardia de masas que había surgido tenía, sin embargo, tal fuerza, que arrastraba tras de si incluso a los partidarios de izquierda de Perón. Y Perón tomó entonces un atajo para disminuir las pérdidas. Un discurso que pretendía solo cambiar las formas pero no el contenido de su política. Así, en 1971 comienza a desplegar una panoplia de posiciones y acercamientos a lo más radicalizado del país. De paso, tuvo que ajustar cuentas con quienes eran un estorbo: comenzarían así los asesinatos de algunos prominentes dirigentes sindicales.

Hay que admitir que Perón logra por un momento histórico ganarse a parte de la juventud radicalizada y mantener dentro del corral a sus viejos políticos y dirigentes sindicales. El gran éxito de esa estrategia fue la derrota de Lanusse, el triunfo electoral de 1973 y la llamada “primavera” Camporista, que fue breve y tumultuosa, y expresó en gran medida esta confusión y

entrelazamiento de las contradicciones del peronismo. También del aggiornamiento “izquierdista” temporario de Perón.

Perón volvió entonces al país, no para encabezar ninguna revolución sino para derrocar a Cámpora, retomar el control de su movimiento, domesticar a la juventud y para estrechar las filas de las fuerzas burguesas y la burocracia sindical alrededor de un Pacto Social que se oponía por el vértice a las aspiraciones de la numerosa vanguardia juvenil, hija del Cordobazo. Chocaría entonces con el conjunto de la vanguardia, incluso aquella que los Montoneros, las FAR, las FAP y la llamada Tendencia Revolucionaria habían canalizado hacia su movimiento.

Había que repetir lo hecho contra el Partido Laborista en 1946. Para hacerlo Perón y el peronismo apelaron a un pacto con los partidos tradicionales, luego la burocracia sindical, después los militares y la derecha y por último al terrorismo de estado de la Triple A.

Imponerse sobre esa vanguardia de masas nacida en el Cordobazo tuvo que hacerse a sangre y fuego. Y ese fuego comenzó el exterminio de la rebeldía nacida en 1969, pero también terminó con la vida exhausta de Perón y cerró el círculo histórico de su movimiento hacia la derecha.

Con su política, Perón y el Peronismo, y con su fracaso, a pesar de la sangre derramada, abrieron de par en par las puertas del infierno. Los militares corrieron a terminar la tarea que no pudo el peronismo. El golpe de estado de 1976, el Proceso del Genocidio no fue sino la culminación y masificación de la política de terrorismo de estado nacida del peronismo. Irónicamente, también fue la salvación de este por un periodo más de la historia de nuestro país.

NOTAS

1. El autor de este trabajo disfruto de la lectura de **Los Cuatro Peronismos de Alejandro Horowicz**, sobre todo del desmantelamiento de obras de charlatanes como la de Juan José Sebrelli y la lección que le brinda sobre Fascismo, del que nada sabe el autor de **Los imaginarios del peronismo**. El “agotamiento del cielo” de Castillo y la irrupción del GOU y el ocaso Británico están, en mi opinión bien explicados. La etapa de creación del Laborismo contiene un análisis de que “en el peronismo la izquierda tiene un destinatario multitudinario y la derecha solo puede anidar en los aparatos” y que, en el llano, “el peronismo se rehizo con los métodos de la clase obrera” son conclusiones que resultan significativas para entender lo sucedido cronológicamente en el movimiento. Sin embargo Horowicz se enreda cuando analiza el Peronismo en el poder donde le concede una característica “parlamentaria, excepcional” aunque creo que acierta políticamente cuando lo caracteriza tanto como una suerte de Frente Popular y de “bonpartista suis generis” (de un tipo especial). Claro que no induce su pensamiento al agotamiento del primero, el carácter del Frente Popular, con el asentamiento del segundo, el Bonapartismo. Horowicz, que analiza bastante bien los “diez días que no conmovieron a nadie” del derrocamiento de los regimenes civiles que siguieron a la “Libertadora”, comienza a debilitarse en el análisis a medida que se acerca al Cordobazo y los 70. En retrospectiva, Horowicz recae en el “análisis de los hombres” mas que de las clases y le asigna al Gral. Onganía y al burócrata Augusto T. Vandor un papel mucho más decisivos de los que en realidad tuvieron, en detrimento del fenómeno más importante del levantamiento Cordobés que va más allá del análisis puramente “militar” del mismo: la creación de una vanguardia obrero-estudiantil de masas, independiente de los aparatos burgueses y del propio Peronismo institucional. Esa debilidad del libro de Horowicz, al que este autor reivindica a pesar de ello y recomienda su estudio, se denota el tratamiento del terrorismo de estado bajo los gobiernos peronistas de la época, y de las fuerzas sociales en juego en los 70, particularmente los de Lastiri, Perón e Isabel a los que dedica pocas paginas y menos menciones. Precisamente los tramos de la historia en las que este autor se ha concentrado.

2. **Frente Popular** - Nos referimos aquí al concepto de frentes multclasistas en donde fracciones de la burguesía llaman a concursar con su apoyo a organizaciones obreras con el objetivo de salvar el sistema ante una crisis muy aguda y un ascenso de masas. Las condiciones de la Argentina cercana a la finalización de la segunda guerra mundial era tal que la burguesía dividida, con el imperialismo dominante, el ingles, en decadencia y su sucesor esperando, el norteamericano, formaron dos frentes populares, uno de derecha, pro yanqui, formado por el Partido Conservador, la UCR Alvearizada y los partidos obreros (Socialista y Comunista) y los sindicatos que influenciaban. Por el otro, un frente popular de izquierda en relación al otro, formado por sectores de las FFAA y la Iglesia, desprendimientos de la UCR, los Conservadores y los comunistas y sectores obreros, tanto laboristas como algunos de los más tradicionales sindicalistas.

3. El **Instituto Argentino de Promoción del Intercambio (IAPI)** fue un ente estatal creado por el decreto 15.350 el 28 de mayo de 1946, que si bien fue firmado por el Presidente Edelmiro Farrell, formaba parte del conjunto de medidas que el coronel Juan Domingo Perón y su equipo de asesores habían proyectado. Funcionó bajo la órbita del Banco Central, con el fin de centralizar el comercio exterior y transferir recursos entre los diferentes sectores de la economía. Su director fue el economista Miguel Miranda, también presidente del Banco Central.

El objetivo que guió la creación del organismo fue la necesidad de contar con un ente especializado en cuestiones comerciales y lograr una mejor inserción externa mediante la conquista de nuevos mercados y la consolidación de la presencia argentina en los ya obtenidos.

también promocionaba la calidad y diversidad de los productos nacionales y generaba estrategias de defensa de los precios de los mismos en el mercado internacional, ante el eventual deterioro de los términos de intercambio.

Su misión era proteger a los productores locales frente a los cambios en los precios internacionales y la acción de los monopolios internacionales y de los países importadores de productos argentinos.

De hecho, el IAPI se convirtió en un mecanismo para utilizar a favor del estado una parte importante de la renta agraria con el objetivo de apuntalar el desarrollo de la industria nacional, no solo la estatal, y de la infraestructura del estado.

4. **Carta de Perón a Evita recibida por Eva Perón el 14 de Octubre de 1945. Fuente 20 Años de Historia Política Argentina:** “Mi adorable tesoro: Sólo cuando estamos apartados de quienes amamos, sabemos cuanto les amamos. Desde que te dejé ahí, con el mayor dolor que se pueda imaginar, no he podido sosegar mi desdichado corazón. Ahora sé cuánto te amo y que no puedo vivir sin ti. Esta inmensa soledad está llena de tu presencia. Escribí hoy a Farrell (el presidente), pidiéndole acelerara mi excedencia y, tan pronto salga de aquí, nos casaremos y nos iremos a vivir en paz a cualquier sitio.... Desde casa me trajeron aquí, a Martín García, y no sé porqué estoy aquí ni me dicen nada. ¿Qué te parecen Farrell y

Ávalos? ¡Qué par de bastardos, hacer esto con su amigo! Así es la vida. Lo primero que hice al llegar fue escribirte. No pierdas los nervios ni descuides tu salud en mi ausencia hasta que vuelva. Estaría más tranquilo si supiera que no corres peligro y estás bien. Dile, por favor a Mercante que hable con Farrell para saber si autorizan que nos vayamos a Chubut. Creo también, que tendrías que poner en marcha algún tipo de papeleo legal.... Ten mucha calma. Mazza te informará de cómo va todo. Haré lo posible por regresar a Buenos Aires.....Si se acepta mi excedencia nos casaremos al día siguiente y si no, ya lo arreglaré todo de una manera u otra, pero sea lo que sea, pondremos fin a tu vulnerable situación. Amor mío, tengo en mi cuarto aquellas pequeñas fotos tuyas y las contemplo todos los días con los ojos húmedos. Que no te pase nada o de lo contrario mi vida habrá acabado. Cuídate mucho y no te preocupes por mí, pero quíereme mucho porque necesito tu amor más que nunca.....Escribiré un libro sobre todo esto.....y ya veras entonces quién tenía razón. Lo malo de este tiempo y especialmente de este país, es la existencia de tantos idiotas, y como sabes, un idiota es peor que un canalla. Bueno mi vida, me gustaría seguir escribiendo todo el día pero Mazza te contará más de lo que yo te pueda decir. La lancha llegará dentro de media hora. Mis últimas palabras en esta Carta serán para pedirte calma.

Muchos, muchísimos besos a mi queridísima chinita. Perón”.

5. **Alianza Libertadora Nacionalista (ALN)**, fundada por el profesor universitario Carlos Burundarena, encarnaba el nacionalismo extremo y hacia de la violencia contra opositores y “contras” al gobierno peronista su actividad central. Burundarena abandono esta ubicación política siguiendo los pasos de la mayoría del nacionalismo católico que se hizo antiperonista. Juan Queraltó, un viejo fascista desde los 30 también dirigió la ALN hasta que fue desplazado, con el guiño del propio Perón, por Guillermo Patricio Kelly. Perón envía a Queraltó a Paraguay como parte de la delegación diplomática argentina. En la ALN militaron Rodolfo Walsh y muchos otros que después se volcarían a la izquierda, y también elementos que permanecerían en la derecha más acérrima del peronismo. El propio Queraltó y otros elementos de la ALN, ya inexistente, se incorporaron al entorno del secretario general de la CGT en 1973, José Ignacio Rucci. Queraltó en esas circunstancias reorganiza la ALN que, según expresa, se hace por pedido expreso de Perón que apoya el lanzamiento de una solicitada en la mayoría de los diarios del país anunciando la reorganización. (**Entrevista a Queraltó, Todo es Historia**, Nro. 216, Abril de 1985)

6. **Reportaje a Mario Kaminsky, La Nación**, 31/3/2010

7. *“...Se ha dicho, señores, que soy enemigo de los capitales, y si ustedes observan lo que les acabo de decir no encontrarán ningún defensor más decidido que yo, porque se que la defensa de los intereses de los hombres de negocios, de los industriales, de los comerciantes, es la defensa misma del estado...”*

“...se puede orientar, dirigir y conducir a las grandes masas de trabajadores argentinos, y cada día que pasa lo iremos haciendo de forma más perfecta, porque diariamente se va reforzando la disciplina sindical. Sin disciplina sindical, las masas son imposibles de controlar.” – Juan D. Perón, Discurso en la Bolsa de Comercio, 25 de agosto de 1944. La burguesía no llegó a creerle, la clase obrera, de tanto en tanto, se rebelaba contra esa “disciplina”, he ahí la tragedia irresoluta del peronismo.

8. **Cipayos o Cipoys** – Pueblo de la India colonial que utilizaban las FFAA inglesas, como lo hicieron también con los Gurkas, como auxiliares de las fuerzas británicas para sostener por la fuerza el régimen colonial. Fueron utilizados preferentemente en la represión de movimientos nacionalistas e independentistas en la propia India, pero también fueron desplazados para colaborar con el Imperio en Sudáfrica, el Caribe y otras regiones del globo.

9. El **Partido Comunista de la Argentina (PCA)** fue fundado el 6 de Enero de 1918 como una ruptura del Partido Socialista y en adhesión a la Revolución Rusa y la Tercera Internacional http://es.wikipedia.org/wiki/Tercera_Internacional. Se trata del primer partido comunista fundado en occidente después del de la Unión Soviética. Desde un comienzo adhirió a las posiciones del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) en forma acrítica y se alineó con la fracción Estalinista del mismo desde su inepción en 1924.

Durante la Guerra Civil Española en los 30, uno de sus dirigentes, Victorio Codovilla fue enviado como delegado de la Internacional y prácticamente intervino el Partido Comunista Español (PCE), dirigiéndolo con mano de hierro. Codovilla fue también representante en España de la NKDV, la policía política de Stalin y dirigía parte de las fuerzas parapoliciales enviadas por la Unión Soviética a territorio español, responsable del asesinato de dirigentes marxistas disidentes de la línea soviética como Andre Nin, del POUM (Partido Obrero de Unificación Marxista) y otros de origen anarquista.

Cuando la Republica se desplomó ante el avance militar del Franquismo Codovilla, en gran medida por la traición del PCE y Stalin, Codovilla huyó a Francia en avión, siendo reemplazado brevemente por el dirigente italiano Palmiro Togliatti, quien en cartas a Stalin (que se publican enteras en un libro del historiador E. H. Carr, criticó a Codovilla como la dirección sin equipo del PCE, de exagerar su influencia en

la clase obrera que era casi inexistente, de no permitir la creación de una dirección española, de sembrar la confusión entre las milicias y como responsable de las políticas que llevaron a la derrota a la República y al propio PCE (*The Comintern and the Spanish Civil War*, E. H. Carr, Pantheon Books, NY).

En los 40, Codovilla fue enviado a otra misión por Stalin: intervenir el Partido Comunista Mexicano (PCM) y preparar el segundo, y efectivo, atentado contra la vida de León Trotsky (el primero, fracasado, había sido organizado por el muralista David Alfaro Siqueiros), exilado en Coyoacán. Para lograrlo, Codovilla tuvo que expulsar del PCM algunos de los máximos dirigentes del mismo incluyendo a Valentín Campa y Hernán Laborde que se oponían al complot. Campa y Laborde fundaron otro partido y solo fueron admitidos de regreso en el PCM con el advenimiento de la “desestalinización” implementada por Kruschchev en la Unión Soviética después de 1953. Campa detalla la participación de Codovilla y de su partido en el asesinato en su libro “Mi Testimonio”, publicado recién en 1978 por la editorial del propio PCM.

Este hombre, junto a Rodolfo Ghioldi y Fernando Nadra serían los dirigentes máximos del PCA.

En Diciembre de 1945, como informante en el Congreso del PCA, Vittorio Codovilla afirmara que la debilidad de la Unión Democrática (la alianza antiperonista de radicales, socialistas, comunistas y la Embajada yanqui) era la ausencia de “sectores progresistas del conservadurismo y algunos partidos provinciales... estas lagunas dejan un margen libre para los elementos más reaccionarios de la oligarquía y del nazi-peronismo...” y se pronuncia categóricamente en el sentido que “todo aquel que diciéndose enemigo del nazi-peronismo, negara su voto a la fórmula de la Unión Democrática cometería, quiéralo o no, UNA TRAICION A LA DEMOCRACIA (en mayúsculas en el original)”. En el mismo texto, Codovilla afirma que el 17 de octubre y la huelga posterior al mismo fueron solo un ensayo, logrado a fuerza de amenazas y violencia, para iniciar una guerra civil por el “nazi-peronismo” – ***Batir al Nazi-Peronismo para abrir una era de libertad y progreso***, Vittorio Codovilla, Editorial Anteo, 1946

El PCA participó activamente en la “contra” antiperonista durante los primeros dos gobiernos de Perón y ayudaron, incluso con comandos armados, el golpe de estado de 1955.

Luego de flirtear con la “Revolución Libertadora”, el PCA gira a una alianza circunstancial con el peronismo durante un tramo de la Resistencia, adhiriéndose inicialmente sus cuadros sindicales a las 62 Organizaciones, con las que rompen unos meses después.

En 1972-73 intentan aglutinar a radicales, peronistas, izquierdistas y socialcristianos en una alianza a la que denominan Encuentro Nacional de los Argentinos, pero cuando Perón transforma la Hora de los Pueblos en el Frente Justicialista por la Liberación Nacional y luego en el FRECILINA, el PCA sella una alianza con el sector radical de Oscar Alende y pequeñas formaciones social cristianas que se denominan Alianza Popular Revolucionaria (APR).

A finales de la Presidencia de Isabel Martínez de Perón proponen que se integre un “gabinete de unidad nacional Cívico-Militar” – en pleno apogeo de la Operativo Independencia en Tucumán – y cuando se da el golpe de estado saludan a la junta militar a la que dicen “comprender” en sus objetivos. Como premio, la dictadura solo suspende, no disuelve como hizo con otros, al PCA.

Con el tiempo, el PCA se autocriticaría de cada una de estas posiciones, a medias y décadas después.

10. **El Partido Socialista de la Revolución Nacional** fue fundado en 1953 como ala izquierdista o de apoyo crítico al movimiento peronista. Entre sus dirigentes figuraban Abelardo Ramos, Enrique Rivera, Jorge Enea Spilimbergo, Esteban Rey, Enrique Fernández. Nahuel Moreno se oponía en mucho a la política de esos dirigentes aunque consideraba el espacio como propio para dar a conocer sus posiciones y sus partidarios conducían la Federación Bonaerense del partido. En las elecciones legislativas de 1954, con ínfimos recursos, obtuvo 100.000 votos.

11. **La FOTIA (Federación Obrera Tucumana de la Industria del Azúcar)** fue creada en 1944 con apoyo de Perón cuando era Secretario de Trabajo. La FOTIA se organizó como uno de los sindicatos más importantes y combativos del sindicalismo laborista que dio origen al peronismo.

El 15 de octubre de 1945 la FOTIA declaró una huelga para exigir la libertad de Perón, quien había sido detenido por un golpe de estado militar, que se constituyó en el antecedente directo de las grandes movilizaciones obreras del 17 de octubre de 1945, que obtuvieron la liberación de Perón de su prisión en Martín García.

En las elecciones presidenciales de 1946, en las que resultó ganador Perón, la FOTIA fue la base de la organización del Partido Laborista en Tucumán, obteniendo el mayor porcentaje de votos del país, por lo que fue llamada la llave del Norte. En esa época los dirigentes de FOTIA ocuparon importantes lugares en el Estado y como diputados y senadores. Algunos de los dirigentes de esa etapa fueron: Celestino Valdez, Manuel Lema, Lorenzo Rivarola y Luis René Villacorta.[]

En 1947 los sindicatos de trabajadores del azúcar de Jujuy y Salta se incorporaron a la FOTIA, transformándola de hecho, por entonces, en un sindicato único nacional, formado por 64 sindicatos locales con un total de 130.000 asociados.

La FOTIA demostró una gran independencia política y sindical. En 1948, disuelto el Partido Laborista lideró la creación, con los demás sindicatos tucumanos, del Frente Obrero Peronista Revolucionario, por fuera del Partido Peronista. Durante el gobierno peronista (1946-1955), en marzo y octubre de 1949, la FOTIA organizó importantes huelgas, enfrentándose con el gobierno que declaró ilegales las huelgas, intervino la federación y encarceló a muchos de sus dirigentes en una ola represiva devastadora.

Durante el gobierno radical de Arturo Illia (1963-1966), la FOTIA organizó una gran movilización contra los patronos que adeudaban una zafra completa. El movimiento fue severamente reprimido causando varios muertos, y el gobierno encarceló a su secretario general, Atilio Santillán aplicando el Plan Conintes, que permitía "militarizar" los conflictos sociales.

Durante la dictadura militar conocida como Revolución Argentina (1966-73), se produjeron cierres de gran cantidad de ingenios en Tucumán. La FOTIA organizó como respuesta grandes huelgas que conmovieron el país y que fueron cruentamente reprimidas.

La FOTIA también organizó duras huelgas durante los gobiernos peronistas de los 70 y en 1975 fue perseguida, reprimida y sus principales dirigentes asesinados, encarcelados u obligados a la clandestinidad bajo el gobierno de Isabel y en el marco del llamado "Operativo Independencia" de las FFAA.

En esas luchas se destacó como dirigente Atilio Santillán, quien fue asesinado en Buenos Aires dos días antes del golpe de estado del 24 de Marzo de 1976, con que se inició el Proceso (1976-1983). Toda la dirección de la FOTIA, con excepción de su secretario de Prensa, Rafael Desantis, resultó desaparecida durante la Guerra Sucia.

El asesinato de Santillán, lo más probable cometido por la Triple A, fue muchos años después atribuido al ERP por su ex dirigente Gorriarán Merlo. Sin embargo, debido a la falta de veracidad de muchos reclamos semejantes hechos por Gorriarán Merlo y sin ninguna otra verificación posible, la mayoría de los estudiosos del tema se lo adjudican a la Triple A que no pudo reclamar su autoría porque cuarenta y ocho horas después ya gobernaban los militares.

12. **Huelga ferroviaria de 1950** - El 15 de noviembre de 1950 la Unión Ferroviaria va a la huelga. La dirección del sindicato lo encabeza Pablo C. López, un aliado muy cercano del gobierno. La caída de los salarios reales es notable a partir del último año. Al ver la inacción de Pablo López, los ferroviarios crean un Comité de Emergencia integrado por la militancia de base y activistas. Lanzan la huelga al margen del sindicato. Tan fuerte fue esta huelga que hubo expulsiones del Partido Peronista por apoyar la huelga, mientras docenas de activistas del Partido Comunista también fueron expulsados por colaborar con huelguistas peronistas.

13. **El caso Ingalinella.** - Fuente: **20 Años de Historia Política Argentina.** - Juan Ingalinella era un médico rosarino, cuyo secuestro y posterior asesinato conmovieron a la opinión pública en 1955. Hijo de un inmigrante italiano, casado con Rosa Trumper- hija de un dirigente comunista- Ingalinella había sido un destacado dirigente de izquierda durante la década del 30 en la Universidad del Litoral, en la que lideraba el grupo Insurrexit. Se incorporó posteriormente al Partido Comunista, del que fue dirigente. Como consecuencia de su activa militancia estuvo varias veces preso. En la noche del 16 de Junio de 1955, Ingalinella decidió no dormir en su casa, temiendo represalias contra su persona luego de los bombardeos de la Marina en Plaza de Mayo. El médico regresó a su hogar al mediodía del día siguiente, tal vez pensando que su seguridad ya no corría peligro, pero ésa, fue una decisión fatal. A las seis de la tarde un grupo de cuatro policías, irrumpió en su casa, sin portar ninguna orden judicial, y luego de revisar las habitaciones, detuvo a Ingalinella, quien no opuso resistencia. Rosa Trumper, habituada a soportar este tipo de detenciones de su marido, preparó una frazada, algo de ropa, un termo con café con leche, y se dirigió al Departamento de Policía de Rosario, con la intención de hacerlo llegar a su marido. Allí no le fue recibido el paquete por "haber llegado tarde". A la mañana del día 18 fue nuevamente al cuartel policial, pero se le informó que Juan Ingalinella había salido en libertad la noche anterior. La familia aguardó con desesperación el regreso del médico, pero éste nunca se produjo. Primero pensaron que se trataba de un caso similar al del estudiante Ernesto Bravo, pero luego tuvieron la certeza de que había sido asesinado. En efecto, otros dirigentes comunistas apresados durante el día 17 confirmaron la presencia del médico en la Jefatura, donde todos habían sido sometidos a salvajes torturas. La sesión de tormentos había sido dirigida por dos jefes de la Policía: Francisco Lozón y Félix Monzón. El abogado Guillermo Kehoe, una de las víctimas de la represión brutal, confirmó que en la Jefatura, Lozón había reconocido la muerte de Ingalinella, diciéndole: "¿ de qué te quejas?. Vos estás bien, en cambio al petiso lo liquidamos". Recién el 26 de Julio el propio Lozón admitió la muerte del médico, quien no soportó los efectos de las descargas

eléctricas de la picana. Para ocultar la situación los policías habían fraguado un recibo de salida, pero en realidad, sacaron el cadáver y lo tiraron al río Paraná para encubrir la evidencia. Los abogados Kehoe, Prilick y Trumper, en representación de la viuda del asesinado, iniciaron la querrela contra los policías intervinientes en el caso. Seis años después, el juez Vitullo dictaminó la prisión perpetua para Lozón, Monzón y sus ayudantes Luis Tixie, Fortunato Desimone, Arturo Lleonart y Santos Barrera. Posteriormente esta sentencia fue apelada por la defensa, y las penas definitivas, reducidas

14. **La Mazorca** – Brazo armado de la Sociedad Restauradora Popular, que se identificaba con los gorros fríos y la enseña rojo punzo que impusieron el terror contra liberales y opositores al gobierno de Juan Manuel de Rosas.

15. **Domingo Faustino Sarmiento en su salsa (algunas expresiones del archiliberal)** – Ante el asesinato del Chacho Peñaloza: *“Yo he aplaudido el hecho precisamente por su forma. Sin cortarle la cabeza a aquel inveterado pícaro y ponerla a la expectación, las chusmas no se habrían quietado en seis meses.”*; sobre las huelgas: *“Las huelgas son invenciones de los ociosos que buscan motivos de alarma. El socialismo las usa como instrumento de perturbación”*; pensaba que la derrota de las invasiones inglesas *“logró postergar cincuenta años de civilización”* y que la inglesa a las Islas Malvinas era *“útil a la civilización y el progreso”*; de los Paraguayos: *“es providencial que un tirano haya hecho morir a todo ese pueblo guaraní. Era preciso purgar la tierra de toda esa excrescencia humana”*; de los Gauchos: *“No trate de economizar sangre de gauchos. Este es un abono que es preciso hacer útil al país. La sangre de esta chusma criolla, incivil, bárbara y ruda, es lo único que tienen de seres humanos”*; terrorismo de estado: *“Y no hay que alucinarse: el terror es el medio de gobierno que produce mayores resultados que el patriotismo y la espontaneidad. La Rusia lo ejercita desde los tiempos de Iván y ha conquistado todos los pueblos bárbaros... Costumbres de este género requieren medios vigorosos de represión y para reprimir desalmados se necesitan jueces más desalmados aún”*... varios botones para una muestra.

16. **“Conquista” del Desierto:** Con la excusa de algunos malones de los Indios Mapuches y una potencial invasión chilena, Roca organizó una ofensiva contra ellos y otros pueblos originarios, masacrando a más de 1.000 y capturando y desplazando a más de 10.000 indígenas. Esta guerra sucia contra los nativos tuvo su contraparte en el vecino Chile donde la campaña de exterminio se llamo eufemísticamente *“La pacificación de la Araucaria.”* Los miles de prisioneros fueron separados en sus zonas de concentración, por orden de Roca, entre varones y mujeres para impedir que se procrearan. A esto se lo llamó *“impulso modernizador.”*

17. **Bartolomé Mitre, verdugo del pueblo Paraguayo** – Durante su presidencia instigó y organizó la Guerra de la Triple Alianza, junto a Brasil y el Partido Colorado de Uruguay (del que también era miembro) para aplastar al independiente Paraguay, destruyéndolo por completo. Para la Argentina fue una victoria pírrica porque el endeudamiento con Inglaterra en que incurrió Mitre ayudó a esta a terminar de dominar la economía nacional. Poco antes de terminar la guerra fratricida al servicio del imperialismo, Mitre fundó el diario La Nación, el típico vocero de la oligarquía y creó con sus textos una historia historiográfica para justificar todos los actos de la misma.

18. **Noticias de los Montoneros, La historia del diario que no pudo anunciar la revolución** – *Gabriela Esquivada*, Sudamericana

19. **16 de setiembre de 1955 – Golpe y “Revolución Libertadora”.** Tres meses después de haberlo intentado, las FFAA por fin lograron doblegar, casi sin lucha, a las tropas leales a Perón. Este se negó a movilizar y armar a los trabajadores, en esos momentos los únicos dispuestos a defenderlos, con el argumento que no quería *“derramar sangre entre argentinos.”* Perón se exilia, primero en una cañonera Paraguaya del dictador de aquel país, el Gral. Stroessner y después es trasladado a aquel país. Es de destacar que no hubo actos heroicos de ninguno de los dos bandos militares que se limitaron a jugar sus fichas y contar sus fuerzas, el método más importante para definir el desenlace del enfrentamiento. El Gral. Lonardi, que encabezaba la revuelta pero no tenía mando de tropa, tomó una guarnición en Córdoba solo gritándole al jefe de la misma que la abandono. El Gral. Aramburu, que después reemplazaría a Lonardi se comprometió a tomar una importante guarnición en Corrientes, solo para ser corrido por sus defensores casi sin tirar un tiro.

20. **La Libertadora** – *María Sáenz Quesada*, Editorial Sudamericana

21. **“El nacimiento de las 62 Organizaciones” Entrevista a Santiago Senen González, Decano de los periodistas Gremiales**, *Página 12*, 17 de diciembre del 2007 da una idea del tono, perspectivas y personajes que se reunieron y dieron origen a las 62 Organizaciones:

Desde hace cincuenta años, las 62 Organizaciones fue la herramienta política del justicialismo en el ámbito gremial. El veterano periodista Senén González fue testigo de la fundación de este agrupamiento, que en un principio contó en sus filas con los gremios comunistas, además de los peronistas.

Por Gabriel D. Lerman

–Yo tenía algunos años de periodismo –dice Santiago Senén González con esa mirada cómplice con la que cierra cada revelación. Había comenzado en la sección Deportes, en el diario El Mundo. Luego estuve en El Líder, en policiales. Cuando terminé, pasé a Democracia. Me llevó un veterano periodista conocido como Lucho Arana, hombre de la noche que usaba chambergo, caminaba de costado, siempre con un cigarrillo en la boca. Estando en Democracia, Héctor Kuperman me envía a cubrir el Congreso Normalizador de la CGT. Es agosto de 1957. Y yo me niego en principio, porque quiero ir a cubrir la reforma constitucional, que sesionaba en el mismo momento. “No, no, no, usted tiene que ir a cubrir el Congreso de la CGT, que es muy importante.” “Soy delegado gremial de Democracia”, digo, por lo tanto podía ir porque tenía fuero. Al final me dijo: “Déjate de embromar, andá a cubrirlo que además conoces bien el tema”. “No, me falta conocerlo”, digo yo. “Aprendélo”, dice Kuperman. Pero una cosa es ser dirigente gremial o delegado, y otra cosa es cubrir el Congreso.

–¿El Congreso de la CGT se realiza en el mismo momento en que sesiona la Convención Constituyente?

–La Convención Constituyente era casi en simultáneo. La UCRI se retira a fines de agosto de 1957, el Congreso era coincidente. Estoy ahí en las reuniones previas, voy a la CGT, conozco al capitán de navío Alberto Patrón Laplacete, el interventor de la CGT. Por esas cosas curiosas, en algunos periódicos de la CGT, Laplacete se escribe con una “t” y en otros con dos. Pero lo más curioso es lo que se comentaba sobre su nombre. Era conocido como Alberto Patrón y el Laplacete lo había agregado porque quedaba feo que el Congreso de la CGT tuviera que convocarlo un “patrón”.

–En ese Congreso participan, entre otros, Agustín Tosco y Andrés Framini. ¿Qué recuerda de ellos?

–Agustín Tosco firmaba como Agustín Tosco Arnuedo, por el nombre de su madre. Allí están todas las actas de CGT, o por lo menos las de lo que era la Comisión Verificadora. Con él me encontré varias veces, incluso siendo directivo de la Federación Argentina de Periodistas nos encontramos en Córdoba. El había sido peronista. Cuando joven entró en una teoría de izquierda, nunca fue un marxista ni un hombre de ultraizquierda. Alrededor del año 1970 estaba en Córdoba, delegado a un Congreso de la Federación de Periodistas, y me encontré con él tomando café con ginebra en los bares de Córdoba. Era un tipo de una simpatía impresionante y recordaba nuestras conversaciones en el Congreso de la CGT. También estaba Framini, que era delegado. Framini había formado parte en el interregno de Lonardi de lo que algunos llamaron la intente cordiale. Eran la Libertadora, Framini y Natalini. Luis Natalini de Luz y Fuerza. Dante Viel había sido nombrado en las conversaciones pero se decide no mantener su nombre porque era de un gremio del Estado, ATE (Asociación de Trabajadores del Estado), y los militares no quisieron. Entonces no convenía el triunvirato y quedaron los dos: Andrés Framini y Luis Natalini.

–¿Qué otros dirigentes recuerda?

–Aunque no estaba en el Congreso, pero era uno de los hombres que estaban ahí atrás, conocí a Amado Olmos, de la Sanidad. Amado Olmos es el creador de la teoría de que Perón, en lugar de estar en un lugar donde estaba Franco, es decir la tiranía franquista, debía cambiar el péndulo para aparecer en Cuba. No porque Cuba fuera socialista sino porque creaba una confrontación contra lo que él llamaba el imperialismo. Creo que después John William Cooke, un teórico de la izquierda peronista, adhirió a esta lúcida interpretación de Amado Olmos. Ahí también estaba uno de los tipos bien interesantes, que luego fue con una delegación de la CGT a Cuba en 1961, que era José Alonso. Alonso era socialista, había estado antes de la época de (Ángel) Borlenghi, y pasa al peronismo luego de toda esa transformación, dirigente del Sindicato del Vestido y secretario de la CGT. Su apellido era José Alonso Varela. Llegó a ser hasta interventor del diario La Prensa, y formó parte de los que lucharon por la ley de despedidos, la 11.729. Toda esa gente estaba cerca del Congreso. Y Eleuterio Cardoso, que venía de la Carne pero había sido agregado obrero en Polonia, Checoslovaquia y Chile en la época de Perón. Después de 1955 queda detenido y vuelve ahí en el Congreso. Es el que crea la imagen peronista cuando en medio del Congreso Normalizador dice: “La clase trabajadora argentina se puso los pantalones largos el 17 de octubre”.

–Había dirigentes jóvenes y otros que venían de la etapa anterior.

–En muchos gremios, los peronistas habían vuelto a ganar, en otros no. En otros, los militares habían intervenido. Pero, ¿quiénes estaban cerca de la intervención? ¿A quiénes tomaron y aparecieron como asesores? En los gremios que se podía, en que no había una presión militar muy grande, los que urdían la trama eran ex dirigentes o dirigentes cercanos a los dirigentes desplazados, ¿me explico? Peronistas casi siempre o, cuando venían de afuera, comunistas, radicales o socialistas. Los militares llegaban como una cosa nueva que brillaba, tenían como un gran ímpetu y después se acercaba gente que los podía ayudar. Y formaban la nueva clase dirigente, la nueva guardia sindical. Algunos intermedios, radicales o socialistas en su mayoría, o comunistas. Y ahí vuelven dirigentes como Marischi, un dirigente muy lúcido de la madera;

estaba Vincheli, de Químicos, estaba Alberto Cortés, de Canillitas. Y Francisco Pérez Leirós, de los socialistas, que vuelve a Municipales, y algunos decían que asaltaba el sindicato. Tal es así que después ese grupo de dirigentes no peronistas son los que integran la CGT pluralista de los sesenta.

Estaba Sebastián Borro, que después rompe el pacto Perón, Frondizi con la toma del Frigorífico Lisandro de la Torre. O José Miguel Zárate, del PC. La mayoría utilizaba un slogan muy conocido en el movimiento sindical que era "unidad", un viejo anhelo. Además de Agustín Tosco y Cardoso, estaba Salvador Malkovisky, de Comercio, que era un hombre del sector no peronista. Y Armando March, importante dirigente mercantil, socialista que después se acercó al radicalismo. José Grunfeld, un anarquista que había nacido en Moisés Ville y que en 1936 estuvo en la Guerra Civil Española como miliciano. Luego apareció por 1940 preso y tenía 91 años no hace mucho tiempo, cuando seguía yendo al sindicato de Despachantes de Aduana. ¿Por qué? Porque ese sindicato había sido el feudo, por muchos años, de un dirigente radical muy antiperonista: Juan Carlos Brunetti. Por otro lado también estaba Riego Ribas, socialista, un hombre de los más claros del sindicalismo, muy amigo de Augusto Vandor pero adversario en lo político. Loholaberry, de los textiles; Rachini, de las Aguas gaseosas, y Ángel Bono, de La Fraternidad. Manuel Rodríguez, dirigente del PC, de los químicos, y Roberto García, El Áspero, porque era muy difícil, dirigente del caucho y luego taxista. Rucci, dirigente de la intervención de metalúrgicos de San Nicolás, era congresal y tenía alrededor de treinta años. Un verborágico incontenible. También había otras personas como Antonio Mucci, que fue Ministro de Trabajo de Alfonsín, y Allende, ministro de Trabajo de Frondizi, dirigente del Seguro. Y Pedro Conde Magdaleno, dirigente de los panaderos. Había un personaje que no tenía gravitación pero la tuvo muchos años después: Casildo Herrera.

—¿Dónde se hace el Congreso?

—El Congreso se hace en Les Ambassadeurs, un salón bailable por la Avenida Figueroa Alcorta. Un salón que había sido también lugar de grandes fiestas judías, en donde hasta hace unos años estuvo Canal 9. Muy amplio. Estaba la gran barra, arriba un estrado donde estaba Patrón Laplacette, el interventor, y luego entró la Comisión Verificadora que eran Agustín Tosco, René Estourdeur y Tabora, de metalúrgicos, sentados en el estrado. Abajo, en todas las mesas distintas, puestas como si fuera una gran comida campestre, los delegados de los distintos gremios y en el fondo, atrás, los periodistas en unos palcos. Y arriba lo que se llamaba la barra, es decir los muchachos que asistían al Congreso. La barra estaba dividida en dos sectores: los que estaban arriba, en los palcos, eran los peronistas; los de abajo, que caminaban algunos con pilotos blancos, eran los pro gorilas, es decir los no peronistas. Ahí eran socialistas, radicales. Los de la barra más bulliciosa eran los peronistas, que hacían descender un gorilita, un monito, como si fuera el símbolo de los malos. Ahí estaba Antonio Da Costa, que fue secretario después de la 62 Organizaciones, y Maximiliano Castillo, del Vidrio, todos dirigentes inhabilitados. Estaba Juan José Tacone, siempre vestido de negro. Le decían que era, por su admiración en aquella época, Primo de Rivera, el caudillo de los falangistas. Y abajo los que llamaban los gorilas, los que cuando hablaban dirigentes como Brunetti, de Despachantes de Aduana, aplaudían a rabiar y gritaban.

—¿Cómo se llega a la ruptura?

—Se reúne el Congreso, se crea una Comisión Verificadora de los delegados para ver las credenciales, pero esa Comisión no llega a su fin porque hay discrepancias en torno a cómo se dirige. Se retira un grupo de gremios, que ahí conforman los 32 gremios mayoritarios y democráticos. Se retiran porque en la votación entienden que no están verificados todos los delegados. Hay una discrepancia, es decir, es una cosa constante en lo que es la verificación. Cada uno la veía distinta. El tema es que el Congreso se traba por las discrepancias en la Comisión Verificadora. Y se queda sin quórum. Es decir, en la primera votación se eligió una Comisión de Poderes, fue nominal y ganaron los sectores del candidato que se llama democrático, los que después fueron los tramperos, para no decir antiperonistas o afines al gobierno.

—¿Cuáles son las posiciones?

—La comisión formal del Congreso dio lugar a tres posiciones. El despacho de la mayoría aconsejó aprobar todas las credenciales. El de la minoría también, pero con algunas reservas. Un tercer despacho de los peronistas, si no me equivoco aprueba todo, pero denuncian que los padrones de algunas organizaciones habían sido inflados y reclamaron la designación de una Comisión Verificadora. Esta Comisión debía constituirse en los sindicatos cuestionados y revisar sus libros y sus documentos para determinar la cantidad de afiliados con que contaban, y determinar así el número de delegados que les correspondía para el Congreso de la CGT. El sector que había logrado la mayoría numérica en la primera votación dijo que no, lógico. Alegó que habiendo aprobado el Congreso las credenciales de los delegados, no correspondía designar ninguna Comisión. Desde el punto de vista funcional tenían razón, desde ese punto de vista nada más. Esa tarea pudo haberla cumplido la Comisión de Poderes. El debate fue así largo, desordenado, el interventor tocaba la campana mucho tiempo, y demandó dos o tres sesiones, mañana y tarde.

–¿Cuál era la postura de los peronistas?

–El sector peronista buscaba medir fuerzas en un terreno más favorable. Lo cierto es que al final el asunto fue sometido a votación, y se resolvió asimismo que la votación tenía que ser secreta. La creación de la Comisión Verificadora se aprobó por una diferencia de 6 o 7 votos. Y revisaron alrededor de 600 acreditaciones. Cuando se anuncia el resultado, la delegación de Unión Ferroviaria, Comercio y algunas otras más se fueron. Respondían a los no peronistas. Unión Ferroviaria, Comercio y Despachantes de Aduana. Como se había cuestionado a la Comisión de Poderes, entonces pidieron que se expidiera la Comisión Verificadora: “Hasta que no se expida, nos vamos”. Entonces se pidió que siguiera la sesión, pero ya no había quórum, y no hubo más Congreso.

–¿Qué pasó después?

–Y luego hay reuniones en La Fraternidad, pero no coinciden. En La Fraternidad se reúnen todos, de distintos sectores, en la sede de La Fraternidad, en la calle Yrigoyen. Y luego, al no llegarse a un acuerdo, empezaron a reunirse los dos sectores: los no peronistas en Comercio y los peronistas más los comunistas en Sanidad. De ahí salen las 62 Organizaciones, que hacen dos paros bastante importantes. Uno el 27 de noviembre, una huelga general, y dos paros el 22 y 23 de octubre. Son los dos paros de las 62 Organizaciones. Son las 62, peronistas y comunistas. En noviembre hay una reunión en el Luna Park, donde habla Eleuterio Cardoso, y la unidad se empieza a diluir, porque hay un factor político determinante: está la posibilidad de las elecciones, Frondizi anuncia el inminente acuerdo con Perón, y se crea la posibilidad de una Ley de Asociaciones Profesionales. Las 62 se mantienen, en tanto los comunistas crean una entidad antiintervencionista, que serán los 19. Y se retiran de las 62.

–¿Cómo es la relación de los peronistas y los comunistas?

–Primero forman el MOU (Movimiento Obrero Unificado) donde conviven peronistas y comunistas. Y después el MUCS (Movimiento de Unidad y Coordinación Sindical), donde ya quedan los comunistas e independientes sin los peronistas. La comisión antiintervencionista es nada más contra la Ley 62.219. Esto es en 1958, cuando se venían las elecciones presidenciales. Cuando viene el acuerdo Perón-Frondizi, se rompe el MOU y viene todo ese acuerdo con Frondizi, que sanciona la Ley de Asociaciones Profesionales. Aunque al poco tiempo también se rompe con la toma del frigorífico Lisandro de la Torre.

Link a la nota:

<http://www.pagina12.com.ar/imprimir/diario/dialogos/index-2007-12-17.html>

22. TEXTO DEL DECRETO LEY 4161 - Boletín Oficial, 9 de marzo de 1956

Visto el decreto 3855/55 (6) por el cual se disuelve el Partido Peronista en sus dos ramas en virtud de su desempeño y su vocación liberticida, y Considerando:

Que en su existencia política el Partido Peronista, actuando como instrumento del régimen depuesto, se valió de una intensa propaganda destinada a engañar la conciencia ciudadana para lo cual creó imágenes, símbolos, signos y expresiones significativas, doctrinas, artículos y obras artísticas:

Que dichos objetos, que tuvieron por fin la difusión de una doctrina y una posición política que ofende el sentimiento democrático del pueblo Argentino, constituyen para este una afrenta que es imprescindible borrar, porque recuerdan una época de escarnio y de dolor para la población del país y su utilización es motivo de perturbación de la paz interna de la Nación y una rémora para la consolidación de la armonía entre los Argentinos.

Que en el campo internacional, también afecta el prestigio de nuestro país porque esas doctrinas y denominaciones simbólicas, adoptadas por el régimen depuesto tuvieron el triste mérito de convertirse en sinónimo de las doctrinas y denominaciones similares utilizadas por grandes dictaduras de este siglo que el régimen depuesto consiguió parangonar.

Que tales fundamentos hacen indispensable la radical supresión de esos instrumentos o de otros análogos, y esas mismas razones imponen también la prohibición de su uso al ámbito de las marcas y denominaciones comerciales, donde también fueron registradas con fines publicitarios y donde su conservación no se justifica, atento al amplio campo que la fantasía brinda para la elección de insignias mercantiles.

Por ello, el presidente provisional de la Nación Argentina, en ejercicio del Poder Legislativo, decreta con fuerza de ley:

Art. 1º Queda prohibida en todo el territorio de la Nación a) La utilización, con fines de afirmación ideológica Peronista, efectuada públicamente, o propaganda Peronista, por cualquier persona, ya se trate de individuos aislados o grupos de individuos, asociaciones, sindicatos, partidos políticos, sociedades,

personas jurídicas públicas o privadas de las imágenes, símbolos, signos, expresiones significativas, doctrinas, artículos y obras artísticas, que pretendan tal carácter o pudieran ser tenidas por alguien como tales pertenecientes o empleados por los individuos representativos u organismos del Peronismo.

Se considerará especialmente violatoria esta disposición la utilización de la fotografía, retrato o escultura de los funcionarios Peronistas o sus parientes, el escudo y la bandera peronista, el nombre propio del presidente depuesto o el de sus parientes, las expresiones “peronismo”, “peronista”, “justicialismo”, “Justicialista”, “tercera posición”, la abreviatura PP. , las fechas exaltadas por el régimen depuesto, las composiciones musicales “Marcha de los Muchachos Peronista” y “Evita Capitana” o fragmentos de las mismas, y los discursos del presidente depuesto o su esposa o fragmentos de los mismos.

b) La utilización, por las personas y con los fines establecidos en el inciso anterior, de las imágenes, símbolos, signos, expresiones significativas, doctrina, artículos y obras artísticas que pretendan tal carácter o pudieran ser tenidas por alguien como tales creados o por crearse, que de alguna manera cupieran ser referidos a los individuos representativos, organismos o ideología del Peronismo.

c) La reproducción por las personas y con los fines establecidos en el inciso a), mediante cualquier procedimiento, de las imágenes símbolos y demás, objetos señalados en los dos incisos anteriores.

Art. 2º - Las disposiciones del presente decreto-ley se declaran de orden público y en consecuencia no podrá alegarse contra ellas la existencia de derechos adquiridos. Caducan las marcas de industria, comercio y agricultura y las denominaciones comerciales o anexas, que consistan en las imágenes, símbolos y demás objetos señalados en los incs. a) y b) del art. 1º. Los Ministerios respectivos dispondrán las medidas conducentes a la cancelación de tales registros.

Art. 3º - El que infrinja el presente decreto-ley será penado: a) Con prisión de treinta días a seis años y multa de m\$: 500 a m\$. 1.000.000 b) Además, con inhabilitación absoluta por doble tiempo del de la condena para desempeñarse como funcionario público o dirigente político o gremial; c) Además, con clausura por quince días, y en caso de reincidencia, clausura definitiva cuando se trate de empresas comerciales. Cuando la infracción sea imputable a una persona colectiva, la condena podrá llevar como pena accesoria la disolución.

Art.4º - Las sanciones del presente decreto-ley será refrendado por el Excmo. Señor vicepresidente provisional de la Nación y por todos los señores ministros secretarios de Estado en acuerdo general.

Art. 5º - Comuníquese, etc.

Aramburu – Rojas - Busso – Podestá Costa – Landaburu – Migone. – Dell’Oro Maini – Martínez – Ygartúa – Mendiondo – Bonnet – Blanco – Mercier – Alsogaray – Llamazares – Alizón García – Ossorio Arana – Hartung – Krause.

23. Contralmirante Almirante Alberto Tessaire – Fundador del Partido Independiente que sostuvo la candidatura de Perón en 1946. Tres veces senador por la Capital Federal y Vicepresidente en 1954 a la muerte del titular, Dr. Quijano. Peronista de la primera hora, ocupó varios ministerios en los gobiernos que sucedieron al golpe de 1943.

24. Alberto Neusdtat llegó a ser, con los años, uno de los principales periodistas y empresarios del medio gráfico y televisivo y desde allí defendió a la mayoría de los gobiernos reaccionarios que hubo en el país desde 1955 y reconocido por su connotado anti-peronismo y como uno de los más representativos “gorilas”, junto al ex Comando Civil Revolucionario, hombre de armas tomar del antiperonismo, Mariano Grondona. Mientras fue vicepresidente, Tessaire tuvo bajo sus órdenes a Bernardo Neustadt. En un documento del 19 de noviembre de 1952, bajo el clásico sello justicialista consta que “el ciudadano Neustadt Bernardo, matrícula individual Nº 4.232.285, clase 1925, es afiliado al Partido Peronista”. El contralmirante lo utilizaba para tareas más o menos delicadas, como por ejemplo solicitar contribuciones económicas a algunos empresarios o entregar dinero de manera no oficial a la Alianza Libertadora Nacionalista dirigida por Guillermo Patricio Kelly.

25. John William - Cooke nació en La Plata el 14 de noviembre de 1920, hijo de Juan Isaac Cooke, diputado por la UCR, y que sería Ministro durante el gobierno de Edelmiro Farrell. Cooke militaría ya durante sus años universitarios. Electo diputado por el peronismo con tan sólo 25 años para el período 1946-1952, era considerado un cuadro. Fue profesor titular de Economía Política en la facultad de Derecho Ciencias Sociales de la UBA hasta el derrocamiento de Perón en 1955. Después del intento de golpe de junio de 1955, Perón lo había nombrado interventor del Partido Peronista ante las dificultades que este había tenido para hacer frente a los sucesos políticos.

Se le atribuye haber formado las primeras guerrillas argentinas. Entre 1956 y 1959 fue el representante personal y delegado de Juan Domingo Perón, nombramiento que recibió en la cárcel donde estuvo hasta 1957.

La carta con su nombramiento dice:

Al Dr. John William Cooke

Buenos Aires

Por la presente autorizo al compañero doctor Don John William Cooke, actualmente preso por cumplir con su deber de peronista, para que asuma mi representación en todo acto o acción política. En este concepto su decisión será mi decisión y su palabra la mía.

En él reconozco al único jefe que tiene mi mandato para presidir a la totalidad de las fuerzas peronistas organizadas en el país y en el extranjero y sus decisiones tienen el mismo valor que las mías.

En caso de fallecimiento, delego en el doctor don John William Cooke el mando del movimiento.

En Caracas, a 2 días de noviembre de 1956.

Juan Perón.

Cooke consideraba que el peronismo debía transformarse en un movimiento revolucionario a tono con otros movimientos de liberación nacional en Latinoamérica y el mundo y abandonar mucho de sus elementos "provincianos", con estrategias insurreccionales para lograr la toma del poder.

Fue instrumento del pacto Perón-Frondizi en 1958. Después de la gran huelga de Frigorífico Lisandro de la Torre en 1959, Cooke perdió influencia sobre Perón y comenzó a ser hostilizado por la derecha del movimiento que le obligaron a irse del país y refugiarse en Cuba. Perón lo reemplazó como delegado personal.

En 1960 viaja a Cuba y queda impresionado con la revolución y desde entonces insistirá en varias ocasiones, siempre infructuosamente, que Perón radique su exilio en la isla del Caribe. De los cubanos también adoptó su predilección por el foquismo al que alentó.

En 1963 volvió a la Argentina y fundó el grupo Acción Revolucionaria Peronista y aunque sus grupos de estudio influenciaron a algunos futuros dirigentes de la izquierda peronista, su política de fusión del guevarismo con el peronismo fue generalmente ignorado y marginalizado.

En 1968 murió de cáncer en el Hospital de Clínicas.

26. Augusto Timoteo Vandor (Metalúrgico); **Rogelio Coria** (Construcción); **José Alonso** (Vestido), **Juan José Tacone** (Luz y Fuerza) y otros dirigentes sindicales, connotados peronistas, participaron del acto de Asunción al poder del General Onganía en el salón blanco de la Casa Rosada. Vestidos de saco y corbata, su foto legitimando el golpe se convirtió en el símbolo, durante años, de la imagen de la burocracia sindical. Alonso declaró en esa ocasión: *"nos congratulamos de haber asistido a la caída del último gobierno liberal burgués, porque jamás podrá volver implantarse nada así"*. Alonso y Vandor incluso colaboraron con la jerarquía de la Iglesia y los generales para que estos últimos derrocaran al gobierno constitucional de Arturo Illia (UCR). Vandor y Alonso con este acto, sin saberlo, no solo firmaron autógrafos a la dictadura militar sino sus propias condenas a muerte que se ejecutarían pocos años después. Vandor fue asesinado por la organización que después se llamaría "Descamisados" que terminaría fusionándose con Montoneros, el 30 de junio de 1969, en el marco de lo que se denominó "Operativo Judas". Lo asesinaron de cinco disparos en la sede de la UOM, Rioja al 1900, dejando en su escape una bomba de trotil que al explotar destruyó parte del edificio. Alonso fue asesinado de agosto de 1970, a las 9:15 horas, cuando se dirigía desde su casa, situada en el barrio de Belgrano, hacia la sede del sindicato. Un hombre descendió del vehículo situado detrás del auto de Alonso y le disparó 14 balazos matándolo en el acto. El 10 de septiembre, un comunicado de un *Comando Montonero Emilio Maza del Ejército Nacional Revolucionario*, se adjudicó el hecho al igual que la muerte de Vandor. Cuatro años después, en octubre de 1974, en una nota aparecida en la revista *"La Causa Peronista"*, sus asesinos, sin identificarse, relataron los detalles de la ejecución.

27. Marta Slemenson, "Emigración de científicos argentinos", 1970:118

28. Raymundo Ongaro fue una figura liminar del sindicalismo argentino de los 60. Dirigente del gremio Grafico, impulsor de la CGT de los Argentinos o Paseo Colón (1968), luego de la Coordinadora de Gremios y Comisiones Internas en Lucha (1974). Sufrió la persecución del gobierno militar del General Onganía; su sindicato, la FGB, fue disuelta por un decreto del General Perón en 1974 y nuevamente encarcelado primero por Perón y luego durante el gobierno de su sucesora Isabel, donde le comunicaron el secuestro y asesinato de su hijo, Alfredo Máximo, por la Triple A. Exiliado hasta 1984 se reintegró al sindicalismo en

ese año pero era un hombre distinto. Apoyó la candidatura presidencial de Carlos Saúl Menem y se opuso terminantemente a la realización de la “Marcha contra el indulto de las Juntas Militares” en 1989. En el plano sindical también adoptó posturas que muchos criticaron como burocráticas.

29. **Agustín Tosco** – Nació en 1930 en un ambiente campesino y hablaba el piamontés de niño, obteniendo con ello, y por el color de su tez, el apodo de “El Gringo”. Durante el movimiento que llevó al poder a Perón por primera vez y en las elecciones posteriores que le dieron el triunfo a este contra la Unión Democrática, Tosco se mostró respetuoso de los trabajadores que se hacían masivamente peronistas, pero nunca ingresó a sus filas. En 1949 logró que lo contrataran en la Empresa Estatal de Energía de Córdoba, EPEC, donde a los 20 años ya era delegado. Tosco había estudiado en la Universidad y se había recibido de técnico especializado. En 1952 fue electo Secretario del Cuerpo de delegados de Luz y Fuerza de Córdoba y en 1953, encabezando una alianza entre peronistas, izquierdistas e independientes ganó la secretaría general del gremio a nivel provincial. En 1954 obtiene el cargo secretario gremial del secretariado nacional de la Federación Argentina de Trabajadores de Luz y Fuerza (Fatlyf) y mantiene una política de apoyo, aunque con algunas críticas, del segundo gobierno de Perón. La “Revolución Libertadora” gorila interviene su gremio, entre muchos otros, y Tosco es desplazado de su cargo. En 1957 es encarcelado por primera vez por el gobierno militar por participar en una huelga y en 1958, levantada la intervención del sindicato, participa como delegado en el Congreso Normalizador y recupera sus antiguos cargos. En el Congreso Normalizador de la CGT nacional, los delegados que le respondían, apoyaron a las 62 organizaciones Peronistas, a sugerencia del PC y contra los “independientes.” Pocos días antes del Cordobazo, en 1969, fue brevemente detenido y luego del mismo enviado a la cárcel. Su política y personalidad son arquetípicas del sindicalismo combativo, democrático y clasista. A pesar de una mitología insistente, Tosco rechazaba el guerrillerismo y aunque se auto definía como “marxista-socialista” nunca militó en ninguna tendencia de esa matriz, pero estaba muy cerca del Partido Comunista que contaba con muchos cuadros en su sindicato y le apoyaban. También era un “sovietista” y denostaba a quienes criticaban a la Unión Soviética. Esta ubicación política quedó clara en 1972, cuando estando preso en Trelew, se negó a integrarse a la fuga masiva organizada por el PRT-ERP con el argumento que debían ser los trabajadores y su acción quienes liberaran de la cárcel a sus dirigentes. Según el historiador Osvaldo Bayer “...cuando Rucci, el secretario general de la CGT oficialista, cae víctima de un atentado, Tosco será el primero en estar contra esa acción. Dirá: **“Nuestro gremio, Luz y Fuerza, denunció permanentemente a la burocracia sindical cuyo principal exponente era José I. Rucci. Mas ello no llevará a nuestro gremio nunca a la acción de los atentados personales para desembarazar al sindicalismo argentino de tráfugas y traidores. Sólo la lucha por la plena democracia sindical de bases se considera camino apto para la autodeterminación de los trabajadores. Por eso se condenó abiertamente el asesinato del secretario general de la CGT Nacional”.** Como se ve, lo denomina taxativamente asesinato.” En 1973, el PST le ofreció encabezar la formula presidencial del partido que proponía que fuera Tosco-Jaime. Los dos dirigentes clasistas rechazaron el ofrecimiento por temor a enfrentarse con los peronistas combativos que se alineaban tras la formula peronista. Dos textos que publicamos como anexos documentales en este libro, un popurrí de declaraciones a la prensa burguesa de su tiempo y la transcripción de un debate televisivo con su némesis, José Ignacio Rucci, retratan plenamente su política y pensamiento. La represión incesante contra su persona y su gremio, las amenazas de la Triple A, el asalto finalmente a su organización gremial por elementos de la derecha lo obligaron a ir a la clandestinidad en la cual falleció de una enfermedad infecciosa mal atendida el 5 de Noviembre de 1975. Su cuerpo fue trasladado clandestinamente a su Córdoba querida donde un imponente cortejo funerario que lo acompañaba fue salvajemente reprimido. Su última actividad política había consistido en proponerles a personalidades de la UCR y otros partidos burgueses. Todos le dijeron que no estaban interesados. Las cartas del golpe de estado estaban tiradas.

30. **Atilio López** – El “Negro” López, caudillo de la UTA cordobesa, secretario general de la CGT Combativa de Córdoba, proveniente de la Resistencia Peronista contra “la Libertadora”, impulsor del Cordobazo, vicegobernador electo de Obregón Cano en las listas del FREJULI, fue derrocado del poder en Febrero de 1974 junto al gobernador, en un golpe policial comandado por el Jefe de Policía Navarro y apoyado por comandos de la Triple A, bajo órdenes del gobierno central del Gral. Perón. Su gremio intervenido, fue asesinado en las cercanías de Capilla del Monte, de 130 balazos, por la Triple A el 16 de setiembre de 1974. Quiso la ironía de la historia que fuera asesinado en un nuevo aniversario del golpe gorila al que combatió en 1955. había nacido el 9 de agosto de 1929 y al ser asesinado tenía 47 años.

31. **Elpidio Torres** - Cabeza del poderoso gremio de SMATA en Córdoba, el menos combativo, en realidad un burócrata al que le decían “El Lobito” en alusión a su Vandorismo. Por sugerencia la dirigencia nacional de la CGT. Torres pasó a la historia por su breve confrontación con el régimen militar y su papel en el Cordobazo. Aunque eso no evitó que dos años después, en 1971, la lista encabezada por el clasista, y miembro del PCR, Rene Salamanca, le arrebatara la dirección del gremio. Torres siguió, sin embargo, siendo una figura de peso en el gremialismo y políticamente ocupó cargos electivos y organizativos a nivel

provincial y nacional en el Partido Justicialista. Sobrevivió a todas las tendencias que dirigieron el PJ y murió en el 2009 de un infarto cardiaco.